

Salaverría Charitu, Pedro (1810-1896)

**Las deudas amortizables y los certificados de
cupones : Don Juan Bravo Murillo y la
administracion de los cinco años / por Pedro
Salaverria.**

Madrid : Imprenta y Libreria de Don Eusebio Aguado,
1864.

Signatura: 31789

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de
lucro siempre y cuando se cite la fuente*

789

31789

BANCO DE ESPAÑA



2 000005 816802

31789



LAS DEUDAS AMORTIZABLES
Y
LOS CERTIFICADOS DE CUPONES.



DON JUAN BRAVO MURILLO

Y

LA ADMINISTRACION DE LOS CINCO AÑOS,

POR

DON PEDRO SALAVERRIA.



MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE DON EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

—
1864.



REFLEXIONES GENERALES.

I.

Cuando en el mes de agosto último esponíamos nuestra apreciación sobre las cuestiones promovidas por los portadores de certificados de cupones y títulos de deudas amortizables, contábamos con que este asunto habria de exigirnos nuevas reflexiones, en vista de las ideas que se manifestáran al contestar á nuestros artículos.

Habríamos permanecido silenciosos esperando todavía mayor dilucidación de la materia, no satisfechos con la impugnación que se nos ha dirigido, é indiferentes á los ataques de personalidad, principal tema empleado por nuestros contradictores al ventilar negocios de tan grandísima importancia para el país. Mas la reciente publicación de un folleto, cuyo mérito bajo ciertos conceptos reconocemos, y que realza muy particularmente el nombre de su autor, nos obliga á acudir nuevamente á la prensa, en rectificación de aserciones que nos afectan respecto del asunto de los certificados de cupones y deudas amortizables, y mas principalmente en defensa de una administración de que somos responsables, aludida fuera de lugar por indicaciones que, no por lo sucintas, dejan de contener muchísima gravedad.

Ignoramos si personas que han pertenecido á otras admi-

nistraciones, aludidas tambien con mas rudeza quizá que la nuestra, ó sus parciales, recogerán el cargo y vindicarán sus actos: aunque lo hagan no dejaremos nosotros de salir á su defensa.

Nuestra tarea, volviendo á las reclamaciones de los interesados en los certificados de cupones y deudas amortizables, no ha de ser larga. Los periódicos que, amparando la causa de aquellos, se han dignado rebatir nuestros artículos, solo consiguieron reproducir razones contestadas de antemano por nuestra parte. El debate nada ha adelantado, y no siendo tampoco propio descender en él al campo de la personalidad, han de perdonarnos los diarios á que aludimos, que nada de nuevo podamos decirles. Nos concretaremos, pues, á discutir algunos de los puntos contenidos en el folleto, que es, por lo general, una confirmacion de cuanto hemos hablado y escrito á propósito de los certificados de cupones y deudas amortizables.

Mas ámplia será la parte que habremos de consagrar á lo que es la defensa de la administracion de los cinco años, así nombrada por el autor del folleto. Y como quiera que nuestras observaciones hayan de llevarnos á una comparacion necesaria con administraciones que en otro tiempo rigiera el que hoy aparece como severo y potente censor de nuestra gestion, y sea preciso tambien exponer cuál es de presente la situacion financiera del país, las soluciones que requiere y lo que en el orden regular de los sucesos habrá de ser en lo futuro la Hacienda pública, debemos impetrar de antemano de nuestros lectores el favor de que fijen su atencion en cuestiones de altísimo interés nacional, á las que despojaremos en lo posible del aparato de las cifras, molestas siempre para quienes no han vivido en la atmósfera de los negocios.

II.

Al abordar este debate experimentamos profundo disgusto: nos encontramos en una posicion excepcional. En los fastos

de análogas polémicas no habrá ocurrido á nadie mantener una discusion con persona á quien haya conocido á la inmensa distancia que en el curso de nuestra carrera nos separó un dia del personaje á quien nos dirigimos; él en la altura de la primera posicion del Gobierno del Estado, nosotros en escalas subalternas y en la dependencia honrosa de tan distinguido superior. Con todo nos absuelve en nuestra conciencia la necesidad de una vindicacion solemne para destruir un cargo, que al lanzarlo, debiera haber sido demostrado con el prévio raciocinio de su fundamento, siquiera para quitarle el aspecto de una sorpresa.

Senador del Reino el Sr. D. Juan Bravo Murillo desde noviembre del año último, tenia una tribuna en donde discutir con el administrador de los cinco años la tésis de la gravedad de la situacion económica, é influencia que en ella produjera la gestion financiera de aquel período, las soluciones procedentes de actualidad y de porvenir: allí se exhibian proyectos de ley comprensivos de grandes operaciones de crédito y del presupuesto general del Estado, campo ancho para mostrar lo que la esperiencia propia y la enseñanza agena hubieran acumulado en el cerebro de tan eminente hombre de Estado; allí y no en los pliegues de un folleto destinado á tratar de dos cuestiones concretas, insignificantes al lado de lo que suponen las del estado general de Hacienda, habria correspondido el sitio de la contienda á que se nos provoca.

Pero ¡oh desgracia! en la última hora del último dia de la legislatura solo resonó su voz, mucho tiempo no escuchada, para impugnar un dictámen de comision sobre la aptitud legal de un señor Senador electo.....

III.

Explicando el Sr. D. Juan Bravo Murillo los motivos de la publicacion de su folleto, no sabemos si para sincerarse de la suposicion hecha por algunos, creyendo tener aquella un sen-

tido de contrariedad á lo que pudieran ser las ideas de la actual administracion, dice:

«No hay que cerrar los ojos á la luz: la situacion (no la considero políticamente sino en cuanto la de la Hacienda pública influye en la general) es crítica y apurada, debiendo reconocerse y siendo digna de elogio la abnegacion de los beneméritos patricios que, tomando á su cargo en tales circunstancias la direccion de los negocios públicos, arrostran grandes dificultades y peligros. Vense muy de cerca, si es que no se tocan ya, los resultados de la administracion de los cinco años, y se necesitan muy fuertes y muy eficaces remedios para contener la progresion del mal y evitar el cataclismo que nos amenaza.»

Estas palabras, consignadas por la pluma de otro escritor que no hubiera alcanzado las investiduras que el Sr. D. Juan Bravo Murillo, nunca nos habrian sido indiferentes: pero viniendo de la persona que las escribe, cuya competencia, para muchos, las eleva á la esfera de una verdad, son asercion grave que nos pide una inmediata denegacion.

La historia en general, y particularmente la de nuestro país, registrará críticas iguales, por las que han pasado alternativamente los hombres que rigieran la Hacienda pública.

IV.

Ejemplo.

Hubo en España una Administracion que á nuestra vez nombraremos de los tres años, y que concluyó por el mes de diciembre de 1852. Aquella Administracion creia al cesar, que habia conducido los negocios acertadamente y dejaba la situacion de la Hacienda sólida y completamente asentada.

Apénas trascurrieron tres meses, el Ministro que inmediatamente sucedia al de los tres años anteriores, que era por cierto uno de los beneméritos patricios á quienes van dirigi-

dos los elogios del autor del folleto, alarmado como hoy parece estarlo el Sr. D. Juan Bravo Murillo, y estremecido sin duda al aspecto que ofrecia el estado del Tesoro, prorumpia de este modo.

«El Tesoro permanece en una situacion precaria que puede llegar á ser apremiante y peligrosa. No cree el Gobierno de su deber ocultar estos peligros, sino antes bien esponerlos con franqueza, para que á tiempo puedan precaverse accidentes que tendrian lamentable trascendencia.» El ministro sucesor de la Administracion de los tres años veia tan premiosas las circunstancias, que en el momento de reunirse las Córtes les pedia medios de vencer los apuros del Tesoro, haciendo para lograrlo *el estremo sacrificio de reconocer los certificados de cupones*, y así entre otras cosas se libertaria «de las contingencias y daños de una especie de deuda que se renovaba todos los meses, y que en momentos de peligro podia destruir el equilibrio de los recursos con las obligaciones, ocasionando todos los azares de la insolvencia y de la bancarrota.»

¿Qué impresion causaban en la conciencia del Sr. Bravo Murillo esas palabras? La misma sin duda, que la que en la nuestra han producido sus afirmaciones en el reciente folleto.

Pasaron algunos meses, se sucedieron Ministros dignos que, no obstante esos alarmantes temores del que en marzo de 1853 dirigia la Hacienda de España, condujeron los negocios con los mismos elementos que existian en fin de 1852, sin manifestar la preocupacion de los azares de la insolvencia y de la bancarrota, hasta que al principiar el año 1854, otro Ministro, á quien por lo visto alcanzaban los efectos de la situacion creada por la Administracion que cesó en diciembre de 1852, parecia como sentirse contrariado por consecuencia de ellos. Las imposiciones en el Tesoro se detenian; las renovaciones de las anteriores se negaban; la cartera desprovista no sabemos si por la imprevision de 1852, carecia de valores con que acudir á las necesidades; no bastan quebrantos de 8 por 100 para alimentar las Cajas; hay que subirlos al 9; al

10; al 11; al 12 por 100; ¡no basta! Hay que recurrir al violento expediente de un préstamo forzoso!

¿Y cómo disculpaba el Gobierno, en tan crítico trance, los apuros por que atravesaba? Diciendo «que no podía culpársele de imprevision; que se trataba de compromisos y descubiertos del Tesoro, que no databan por cierto desde el día en que la Reina se habia dignado confiar á los Ministros la gestion de los negocios públicos.»

Para algunos ese día era aquel en que el Sr. D. Juan Bravo Murillo manejaba la Hacienda del país. ¿Y consentia este Señor que así se atribuyesen á los resultados de la Administracion de los tres años los tristes efectos que experimentaba el Gobierno de principios de 1854? Indudablemente que no.

Declinaria la responsabilidad de semejantes deducciones: referiria á otras causas las dificultades financieras de entonces: y eso que para descargo suyo, no podria mostrar las pruebas de su prevision, que debió procurar al Tesoro público valores de cartera bastantes á responder de su pasivo; que su Administracion no habia dejado repuestas las fuerzas económicas del país con millares de kilómetros de ferro-carriles á cuya subvencion hubiera atendido al Estado; ni con millares de kilómetros de carreteras; no habia creado para el acrecentamiento del poder político nacional una armada, parques y maestranzas con abundante material de guerra; levantado, en una palabra, á la nacion de aquella postracion y atonía á que le habian traído la estrechez de las instituciones, destruidas precisamente en 1836, 1841, 1855, épocas que no salen mejor libradas que la de los cinco años de la crítica del Sr. Don Juan Bravo Murillo.

¿Cómo habríamos nosotros de escuchar sin correctivo los actuales juicios del Sr. Bravo Murillo sobre los resultados de la Administracion de los cinco años, cuando podemos exhibir los hechos de una gestion limpia como los resplandores de la probidad, fecunda como los gérmenes de la riqueza, levantada como los sentimientos de la nacion que hemos administrado? ¿Cómo hemos de sufrir los agüeros tímidos del Sr. D. Juan Bravo

Murillo sobre el presente y el porvenir de la Hacienda de España, cuando Ministros de tanta competencia como D. Juan Bravo Murillo por su experiencia y carrera han afirmado al sucedernos en el régimen de la Hacienda, lo siguiente?

«Yo no temo que sobrevenga complicacion ninguna, y yo
»creo que la Administracion actual con las autorizaciones, con
»los medios que le ha legado la anterior, podrá caminar de-
»sembarazadamente lo mismo que cualquiera otra que la su-
»ceda.» (Sr. Sierra y Cárdenas: Discusion del presupuesto
de 1863 á 1864.)

«Nivelado positivamente el presupuesto ordinario; con re-
»cursos bastantes para saldar los extraordinarios y proseguir
»las grandes obras de fomento emprendidas en los diversos
»ramos; sin dificultad para satisfacer todas las subvenciones
»de ferro-carriles, y continuando á la sombra de la paz el
»progresivo desarrollo de la riqueza pública, *la situacion de*
»*la Hacienda descansa sobre sólidas bases, y el porvenir eco-*
»*nómico, lejos de ser motivo de preocupaciones, debe serlo de*
»*la mas lisonjera confianza.*» (Sr. Lascoiti: Exposicion de
presupuestos á las Cortes en 5 de enero de 1864.)

«Si, pues, se ha logrado, como el Gobierno espera, la po-
»sitiva nivelacion del presupuesto ordinario, y existen medios
»superabundantes para saldar el actual descubierto y atender
»á los gastos extraordinarios, *la situacion del Tesoro, aunque*
»*aparezca accidentalmente poco desahogada, ni inquieta al*
»*Gobierno ni debe causar alarma al pais, que puede tranqui-*
»*lizarse plenamente sobre la situacion general de la Hacienda*
»*pública.*» (Sr. Trúpita: Exposicion de presupuestos á las Cor-
tes, de 15 de febrero 1864.)

Nos hemos detenido en estas indicaciones, no para formular recriminaciones que nos sirvan de escudo y defensa ante cargos que pudieran dirigírsenos, y que siempre contestaremos victoriosamente, sino para demostrar la diferente manera en que son apreciadas alternativamente las administraciones que se suceden en el gobierno de la Hacienda.

Las gestiones financieras obedecen á soluciones de conti-

nidad : por ellas resultan situaciones que se diferencian las unas de las otras, como quiera que son efecto de causas determinadas y distintas.

V.

Acabamos de decir que las épocas de 1836, 1841 y 1855, no salen mejor libradas que la de los cinco años de la crítica del Sr. D. Juan Bravo Murillo. Para todos hay en su folleto censuras. Solo le fue dado á él alcanzar los resultados del éxito y del acierto.

«El partido político que dictó aquella disposicion (el pago »de los cupones de 1836 á 1840) tiene que lamentar una »grande desgracia y una grande fatalidad, *el vaso hasta ahora »se ha roto siempre en sus manos*. En 1836, dominando ese »partido político, se interrumpió el pago de los intereses de la »deuda ; en 1841 el mismo partido político dificultó grandemente, con la disposicion mencionada, el arreglo general y »provechoso de la deuda, sin el cual no era posible restablecer el crédito ; y en 1855, dictando las leyes de desamortizacion, puso los cimientos del gran edificio que desde entonces (¡ójalá no se termine!) se está levantando : una nueva »bancarrota.»

¿ Qué diremos al estraer del folleto tan terribles aserciones, cargos tan tremendos, arrojados así de pasada sobre administraciones que hubieron de regir en aquellos tiempos los destinos del pais? Que son tan equivocadas las unas como injustos los otros.

¡ Bien se conoce que por los años de 1836 á 1837 Don Juan Bravo Murillo se entregaba á otros cuidados menos penosos y comprometidos que manejar la Hacienda pública! ¡ Qué falta de razon para atribuir á desgracia y fatalidad de un partido acontecimientos que habrian sobrevenido, cualquiera que fuese la administracion que entonces manejase los negocios públicos!

En lo mas ardiente de la guerra civil, con aquellas exiguas rentas que aún constituian la Hacienda del régimen absoluto, incobrables en mucha parte del territorio por la dominacion carlista; estériles por la accion del contrabando, á que no era posible hacer frente porque las fuerzas represoras tenian que luchar en los campos con las facciones; pesadas para el contribuyente agobiado por el saqueo y las requisiciones de guerra; dudoso el éxito de la lucha, pendiente á cada paso del azar de una batalla, y por lo tanto obstruidas las fuentes del crédito para obtener por operaciones de esta clase recursos que suplieran lo que el impuesto no daba, ¿qué habia de suceder? ¿qué partido, qué hombre en tales circunstancias habia de levantar, al tiempo que todas las atenciones del Estado, el rédito de una deuda mas grande que el que hoy satisfacemos, y que en los presagios del autor del folleto es de insostenible pago?

Insignificante nuestra defensa la consagramos con gusto á la de un hombre, cuya memoria siempre respetaremos, por su probidad, por sus grandes servicios á la Reina y á la libertad, y á cuya amistad debimos distinguidas demostraciones.

¡Afirmar que el pago de los cupones atrasados de octubre de 1836 á igual fecha de 1840, hecho por la Regencia provisional del Reino en 1841, fue desgracia y fatalidad que dificultó el arreglo general y provechoso de la deuda! ¿En dónde está el mal? ¿Podria hacerse mejor demostracion en favor del crédito del Estado que en el momento en que la guerra civil tenia término, acudir en la forma que las circunstancias lo permitian al pago de una obligacion tan sagrada como la de los cupones, y hacerlo á *completa satisfaccion de los acreedores?*

Se dice «que era muy facil y muy cómodo, conservando» las deudas como se hallaban y continuando en el descrédito «que lleva consigo la falta de pago, crear una renta, cuyo interés anual no llegaba á 30 millones: que lo que era facil» respecto de esta deuda aisladamente era difícil respecto de

«todas juntas.» ¿Pero cómo se olvida que al mismo tiempo que la administracion á quien aludimos tomaba sus disposiciones de pago respecto de los cupones vencidos, para atender á las demás deudas que en el folleto se creen desatendidas, aplicaba miles de millones en bienes amortizados á la extincion de la deuda en todas sus diversas clasificaciones?

Nosotros hubiéramos concebido una observacion, no respecto al pago en sí de los cupones sino sobre la creacion para ello de una deuda al 3 por 100, que habria de venir á ser en lo futuro la deuda fundamental de España. En nuestro parecer, y así hemos tenido ocasion de decirlo, creemos que hubiera convenido mas recurrir á la creacion de una renta de tipo alto, que era lo que correspondia en aquella depresion de nuestro crédito, á fin de evitar los efectos de posteriores consolidaciones que tuvieron lugar á tipos hasta de 9 por 100, sin que nos sea posible nunca redimir sus efectos, porque no es siquiera de suponer que el 3 por 100 ya no esceda, ni llegue á la par.

«Las leyes de desamortizacion dictadas en 1855, pusieron »los cimientos del gran edificio que desde entonces se está »levantando: una nueva bancarrota.» Así son juzgadas por el Sr. Bravo Murillo aquellas leyes, cuya ejecucion hemos tenido la honra de consumir, aunque en la inversion de los productos no hayamos seguido completamente el pensamiento de 1855. Contradiccion grande la en que incurre el Sr. Bravo Murillo. Él, censor hoy de la desamortizacion, cuando en la escala de lo que podia hacer en su tiempo promovia la enagenacion de la propiedad municipal á cambio de obligaciones de ferro-carriles del Estado, que no es otra cosa que lo que nosotros en mayor escala hemos hecho despues, como probaremos cuando sea ocasion oportuna!

No: el Sr. D. Juan Bravo Murillo no ha sido exacto, no ha estado justo apreciando esas épocas de 1836, 1841 y 1855: otros las defenderán mejor que nosotros y con mas amplitud de la que nos es dado hacer en estas reflexiones que tienen que estenderse á otros puntos.

VI.

Cuando el Sr. D. Juan Bravo Murillo, llevado por la necesidad de propinar un remedio á los males de la situacion doblemente difícil del Tesoro público y de las grandes empresas industriales contrariadas por la clausura de las Bolsas extranjeras, se ve forzado á indicarlo; él, que hace por otra parte exhibicion de las mas estrañas ideas en materias de crédito público, siendo así que en otro tiempo su Administracion no fue otra cosa que un artificio de combinaciones de crédito, enuncia la idea de un empréstito forzoso y nacional, entregándose en pago valores del Tesoro.

¡Peregrina idea presentar al Tesoro público, agobiado por un lado con el peso de inmensos é inestinguibles descubiertos y acumular sobre él la inmediata y directa responsabilidad de subsidios para empresas particulares! ¡Peregrina idea, en pleno siglo XIX, cuando compañías con el simple prestigio de la influencia particular, ejercitando los procedimientos del crédito, en sus formas voluntarias como corresponden á la confianza, han surcado el mundo de creaciones por cientos de millares de millones de valor, proponer para dominar una situacion de Tesorería que se conlleva con unos cuantos millones, y conducir trabajos de empresas que al cabo representan cantidades de corta importancia para quienes deben estar acostumbrados al manejo de las grandes cifras, el expediente de un préstamo forzoso!

Nos ha estrañado que desde el punto de vista en que el Sr. Bravo Murillo aprecia la situacion, antes de sugerir la idea de ese préstamo, no hubiera indicado otra que está mas en armonía con la naturaleza misma de los antecedentes de la cuestion.

Es indudable que la Administracion de los cinco años ha dado un desarrollo estraordinario al fomento de la Marina, al material de guerra, á las obras públicas de todas clases,

Fuera de lo que supone la falta de remesas de las Cajas de Ultramar en los últimos años, todo el descubierto del Tesoro, por lo que hace á aquella época, es la representacion del importe de dichas obras y del saldo que aún alcanzamos del Imperio de Marruecos y de Annam. No consideremos para nada los equivalentes valores que el Tesoro tiene en su activo por razon de esas mismas operaciones, valores que no se encontrarán en ninguna Tesorería de Europa. Pues bien: los buques y material de construccion, las máquinas y pertrechos acumulados en los arsenales, los cañones, fusiles y otros artículos que existen en los parques y maestranzas adquiridos durante los cinco años, deben importar mas de 500 millones de reales.

¿Por qué no enagenaar todo ello y con su importe acudir al remedio de la penuria? La Prusia, la Italia, el Perú, los Estados-Unidos, todos andan buscando buques y aparatos de guerra y marina. No faltarán, pues, compradores.

Si los sillares que forman los bastiones y casa-matas de la Mola y de Santoña pueden venderse á la Europa que no descuida sus armamentos, tambien pueden dar algun producto; y si los desmontes, terraplenes y obras de arte que constituyen las carreteras que últimamente hemos construido, hallasen comprador como lo encontraria el Canal de Isabel II, iniciado, si, por el Sr. Bravo Murillo, pero cuya construccion en su integridad ha venido pesando sobre otros Ministros, tambien de todo ello podrán sacarse algunos recursos.

Ceguemos ese abismo que ve el Sr. Bravo Murillo: volvamos al punto de partida de 1852, y puesto aquel en la direccion del gobierno del Estado, vaya al Perú y á otras repúblicas de América á pedirles satisfaccion de agravios. Permanezca desarmado y desprovisto de medios de defensa en medio de una situacion política de la Europa y del mundo, que á cada paso amenaza con una conflagracion general. Saque de los recursos del pais aquel acrecentamiento de renta que reclamaban los compromisos del Estado al frente de sus acreedores, que él obrando con justicia, reconocia y confirmaba.

Practique todo esto y practiquenlo los gobiernos que puedan sucederse en el país, renunciando á cuanto ha ejecutado la Administracion de los cinco años que, al decir de sus censores, es una sima donde debemos sumirnos.

¡Bien ha hecho el Sr. D. Juan Bravo Murillo en omitir el espediente que presentamos á su consideracion, y que en su conciencia, como en la nuestra, como en la de todos los hombres de Estado, tendria la repulsion del mas insigne desden!

Pero volvamos al préstamo forzoso.

Indicar semejante idea cuando la simple confianza, la espontánea voluntad de la nacion además de haber recogido con estimacion valores del Estado por miles de millones le tiene entregadas imposiciones por 1.600 millones, cuyo reembolso no le pedirán si se da al país, orden, confianza y progreso en sus intereses, nos parece un recurso impropio de un hombre á quien tenemos en el mas alto concepto!

No adelantemos consideraciones que vendrán en mejor ocasion y en lugar mas natural.

VII.

¡Siniestra estrella, hado fatal preside al Sr. D. Juan Bravo Murillo! El lo dice en su folleto. ¡Triste y nada grato de ber, añade, el manifestar que la senda por donde hace años se camina, y la cual toca ya á su fin, aunque matizada de rosas, termina en un abismo!

¿Cuándo se siente inspirado el Sr. D. Juan Bravo Murillo de tan triste mision y de tan sombríos presentimientos? ¿Cuando ve que la nacion acrecentando su riqueza conlleva un presupuesto de mas de 2.000 millones de reales? ¿Cuando ve que en ese presupuesto han tenido entrada las enormes cargas que el pasado nos habia legado, y cuyo sostenimiento no era mas que una promesa en 1851? ¿Cuando los servicios públicos tienen la satisfaccion íntegra de su importancia, como lo exige la conveniencia pública? ¿Cuando la perspectiva

de lo porvenir no le presenta al país carrera tan penosa como la que aparecía en 1853?

Asombro ha debido causar que el lúgubre profeta de 1864, fuera aquel financiero que en 1850, partiendo de una situación económica en que se daba forma legal á los cortes de cuentas con el pasado; en que las previsiones del presupuesto hacían necesario aplazar mensualidades y mensualidades á las clases activas y pasivas; en que los servicios del material estaban totalmente desatendidos; en que se disponía sobre recursos futuros de Ultramar de 80 millones de reales; en que se pedían operaciones de crédito por 60 millones de reales para acudir á obligaciones del año anterior, aceptase con fundada confianza las cargas de un arreglo de la deuda pública por mas de 200 millones de reales anuales, y que contrariado por los que creían imposible el levantamiento de semejante gravámen, para hacer prevalecer sus miras, que debían ser una esperanza risueña sobre el porvenir, disolviera congresos, y buscase en la conciencia del país, confirmación á sus satisfactorios cálculos.

¿Qué razón hay para que en el día, en condiciones infinitamente mejores que en 1850, 51 y 52, no miremos con igual confianza, con la misma seguridad que entonces al porvenir, que no presenta ciertamente mas temerosos horizontes que en aquella época?

¿Por qué no nos ha de ser permitido á nosotros decir hoy como el Sr. D. Juan Bravo Murillo, en fin de 1852, estas palabras que recordamos á su memoria? «Cuando despues de la guerra civil se acometió la reforma de nuestra Hacienda se divisaban perfectamente marcados y deslindados dos periodos, uno de estrechura y ahorros, y otro posterior de fomento y progreso. El primero estaba indicado como expresión de una resolución inalterable para merecer crédito, y el segundo, como gloriosa aplicación del triunfo obtenido. El Ministro de Hacienda distinguió con bastante claridad lo que estaba al alcance de todos, pero pesando eventualidades y discerniendo intereses y situaciones, ha creído que no era

»conveniente aplazar largo espacio el disfrute de los bienes
 »reclamados por el pais, y que los dos períodos podrian en
 »la práctica aproximarse desde el momento que el público
 »español y extranjero empezaren á adquirir y demostrar con-
 »fianza. Si ha acertado en su juicio, el éxito lo dirá: entre-
 »tanto las vias de comunicacion ordinarias, los ferro-carriles,
 »los canales, los buques de guerra, las obras de todas clases
 »emprendidas con vigor y actividad, responden del enlace y
 »combinacion de los efectos de uno y otro tiempo, y de la
 »razon por qué la extincion de la deuda flotante del Tesoro,
 »que al cabo admite otros arbitrios, ha sido subordinada á la
 »iniciativa del desarrollo de planes y trabajos que no tienen
 »el mérito de la invencion teórica, sino la perentoriedad de la
 »realizacion práctica. La regular situacion que hoy presenta
 »la Hacienda española era el anhelo de los buenos patricios
 »hace algunos años: dentro de otros pocos parecerá aún ma-
 »yor la diferencia y mas brillante el resultado, si se camina
 »con entereza, con perseverancia y con acierto.»

VIII.

A la vista de la tétrica pintura que hace hoy el Sr. Don Juan Bravo Murillo del presente y porvenir de la Hacienda, hemos debido oponer, porque la actualidad lo justifica mas, el testimonio de sus propias convicciones al cesar en 1852 en el manejo de aquella. Pero muy principalmente hemos anticipado el instante de hacerlas ver, colocándole en una flagrante contradiccion, segun nuestra opinion, por la urgencia de calmar recelos é impedir, en lo que valga nuestra autoridad, la influencia de un juicio erróneamente grave, que complica las circunstancias económicas en que al presente se encuentra el pais, como acontece á toda la Europa.

Una crisis monetaria y comercial de las mas fuertes que se han conocido, tiene al comercio todo bajo la presion de un pánico que está causando terribles desastres. Lo mismo Lón-

dres que París, que Hamburgo, que Viena, que Berlin, que todas las plazas presencian terribles catástrofes mercantiles. Las nuestras no se libentan por desgracia de iguales males; y cuando hasta establecimientos de primer orden se ven obligados á suspender sus operaciones, tenemos por insigne imprudencia exhibir el cuadro que se desprende del folleto á que contestamos, que, aunque fuera exacto, causaria hondas perturbaciones en el estado presente de los negocios.

En vez de elegíacos agüeros han debido inspirarse las fuerzas de la confianza, nunca mas necesaria, aun siendo aquellos fundados, que en el caso en que hoy están las relaciones del mundo comercial.

¡Confianza! Los que os inspiren temor serán espíritus apocados, pilotos inespertos, no acostumbrados á conducir la nave en días de vendabal y de cerrazon. Si navegaron algun tiempo solo cruzaron playas serenas y horizontes despejados. No os conducirán 60.000 hombres á Africa, 8.000 á Méjico, y os sostendrán abastecidos en vuestra tierra de cuanto podais necesitar. Serán, los que os presenten los peligros de la navegacion, marinos de salon, que vieron las cartas pintadas, y la aguja náutica moverse en algun gabinete de física recreativa.

¡Confianza! Los que os impriman miedo, ó es que quieren culpar á otros de su propia ineptitud, ó que se preparan á consumir, cubiertos con la pantalla de agena é injustificada responsabilidad, algun plan de conocida significacion y determinados fines.

¡Confianza! ¡confianza! volveremos á esclamar en oposicion al Sr. Bravo Murillo; y sin ánimo de ofenderle nos será permitido, al concluir estas reflexiones generales, glosar las frases con que termina su folleto. Los que en todo tiempo, y mas particularmente cuando la nacion se halla como todas las de Europa bajo el peso de una crisis comercial, no le inspiren el sentimiento del valor y de la confianza en sus propias fuerzas y recursos, para dominar sin violencia las dificultades presentes, *le causan mas daño que el que pudiera causarle el mayor de sus enemigos.*

DEUDAS AMORTIZABLES.

Nuestra opinion y la de D. Juan Bravo Murillo sobre las reclamaciones de los portadores de estas deudas.

I.

Satisfactorio nos es el ver confirmadas en todas sus partes las opiniones, que uno y otro dia hemos mantenido sobre las reclamaciones de los interesados en estas deudas, por las de la persona que mas especialmente reunia autoridad para esclarecer el fundamento en que se apoyaban las pretensiones de aquellos.

Versaban las cuestiones sobre la inteligencia de dos artículos de la ley de 1.º de agosto de 1851, iniciada y promulgada bajo la administracion rentística del Sr. Bravo Murillo.

Nosotros habíamos sostenido siempre :

1.º Que á la amortizacion de estas deudas no son aplicables, segun el párrafo 1.º del artículo 16 de dicha ley, mas bienes que los adquiridos por el Estado á título de *mostrencos*, y *por tanteos y adjudicaciones por débitos*.

2.º Que corresponden á la amortizacion los baldíos y realengos computados por nosotros en menor importancia que la supuesta por los acreedores; bienes que nunca hemos negado déjában de pertenecer á la amortizacion, pero en cuya equivalencia, para cortar cuestiones, y como demostracion de largueza en el Estado, acusado por los acreedores de no entregarles lo que les era debido, propusimos una asignacion de 6 millones.

3.º Que no tienen los acreedores derecho, por el 20 por 100 de propios, á otra equivalencia que á lo que era la importancia de esta contribucion en 1851, cuando se dictó la ley mencionada.

4.º Que no se encuentra el Estado en el caso de aumentar el fondo de amortizacion, segun el artículo 25 de la misma ley.

Con estas opiniones concuerda el Sr. Bravo Murillo, y coincide en nuestros mismos argumentos, que desenvuelve en su folleto con estension bajo todos los aspectos que el asunto puede examinarse; difiriendo únicamente en negar la concesion por nosotros propuesta de la equivalencia de 6 millones por los baldíos y realengos, cantidad que el Sr. Bravo Murillo considera excesivamente superior al valor de los mismos bienes, y perjudicial por lo tanto á los intereses del Estado.

Dicho ya que la propuesta de tal equivalencia no tenia para nosotros otro fin que demostrar que el Estado, lejos de cercenar, daba á los acreedores mas de lo que les corresponde, y como un medio de evitar investigaciones administrativas y debates sobre la clasificacion de los bienes, no nos empeñaremos en sostener nuestra idea: entregamos en esta parte las pretensiones de los acreedores al juicio severo y estrictamente legal del Sr. Bravo Murillo.

Pero antes de poner término á este capítulo, séanos permitido esponer á la consideracion de nuestros lectores las reflexiones que nos sugieren las fundadas conclusiones del señor Bravo Murillo sobre las deudas amortizables.

¡Cuán conveniente habria sido que esas apreciaciones, que al decir del Sr. Bravo Murillo, preparaba para una publicacion que algunos han considerado como la justificacion póstuma de sus actos en la vida pública, y que todavía no habrian salido á luz sin el estímulo de nuestros anteriores artículos, las hubiere espuesto mucho antes cuando principiaban las gestiones de los acreedores, y estendian por todas partes con sus quejas y la declamacion de los periódicos el desdoro del gobierno español, movidos de un interés que ar-

ranca hoy al antiguo Ministro de Hacienda, Presidente del Consejo de Ministros, protestas de severa y justa indignacion!

¡Ah! si el Sr. Bravo Murillo, cuya autoridad era tan decisiva, hubiese dicho con mas oportunidad, que esas reclamaciones de los tenedores de las deudas amortizables eran *irritantes*, arrojando entonces el rayo de los apóstrofes que ahora lanza asombrado por los centenares de millones que gratuitamente agrupan en sus cuentas los portadores de las deudas, mucho bien habria hecho al crédito de España, gran tranquilidad habria proporcionado al Ministro de los 5 años, blanco diariamente de las diatribas mas crueles: graves decepciones se habrian evitado en el campo de la especulacion, trasladado á tierras estrañas en donde la ignorancia de nuestros negocios pudo favorecer la realizacion de operaciones lamentables!

Resignémonos con este pesar: aunque tarde, tenemos ya á nuestro favor la opinion mas escepcional que sobre este asunto podrá manifestarse, y nosotros felicitamos al Sr. Don Juan Bravo Murillo por la franqueza y el acierto con que lo ha emitido, al paso que le recomendamos á la consideracion del Sindicato de agentes de la Bolsa de París.

II.

No es posible que aquella corporacion, al ver las explicaciones del autor del arreglo de 1851, mantenga sus acuerdos contra la cotizacion de los nuevos valores de España. Si con equivocacion pudo adoptarlo, contra lo que se creyera abuso de un Ministro que no cumplia los compromisos de la nacion, ahí tiene para revocarlo lo que manifiesta el que, en 1851, pactó con los acreedores.

De todas suertes, el gobierno de S. M. el Emperador, que goza sobre la Bolsa de París una autoridad que no ejerce sobre la de Lóndres el de Inglaterra, y que dispone cuáles han

de ser los efectos, así nacionales como extranjeros, que pueden ser objeto de contratacion en la Bolsa, nos dará la satisfaccion que está en nuestro derecho pedirle con este motivo.

Contestacion al cargo hecho á las administraciones por no haber convertido las deudas amortizables en deudas con interés.

Hay en el folleto que examinamos, cuando trata de las deudas amortizables, una indicacion que puede tomarse por censura á las administraciones que sucedieron á la del Señor Bravo Murillo. Parece como que lamenta que no se hiciera en tiempo oportuno la conversion de estas deudas en deuda con interés, lo cual, dice, pudo hacerse con evidente y pública utilidad del Estado y de sus acreedores.

Por lo que á nosotros toca debemos manifestar nuestra extrañeza en presencia de esta opinion, no tan explicitamente espresada por cierto en su Memoria al presupuesto de 1853, en la cual indicó la posibilidad de que «en época dada y en circunstancias oportunas cupiera respecto de la deuda amortizable alguna combinacion que, conciliando los intereses del Estado y el de los acreedores, compartiera el gravámen anual de un modo llevadero con expectativa de una amortizacion no muy lejana.

¿La combinacion á que aludia el Sr. Bravo Murillo, en 1852, al suscribir dicha Memoria, era la conversion de la deuda amortizable en deuda con interés como ahora declara? Tenemos derecho para creer que, segun los actos del mismo Sr. Bravo Murillo, formulados en solemnes documentos, todo era posible menos la conversion á que hoy se muestra inclinado.

Otra cosa seria demostrar en el trascurso de los pocos meses que mediaron desde la promulgacion de la ley de 1. de agosto de 1851 á la enunciacion en fines de 1852 del pen-

samiento de conversion de las deudas amortizables en deudas con interés, una de las inconsecuencias mas notables y mas graves en que hubiera podido incurrir.

II.

Las leyes de organizacion de la deuda pública, como aquella de 1.º de agosto de 1851, tienen en la esfera de las relaciones económicas del Estado caracteres de solemnidad, de estabilidad y de respeto tan propios como las constituciones políticas. Tales caracteres en las leyes orgánicas de la deuda pública son precauciones contra abusos á que de otro modo conduciría la inestabilidad y el arbitrismo financiero.

Al lado de un principio tan fundamental como el que consigna el artículo 15 de dicha ley, diciendo que los capitales inscritos en el gran libro de la Deuda pública no podrán ser secuestrados por ningun concepto, establece el artículo 16 *que la deuda amortizable no pasará á la clase de perpétua, consolidada ó diferida.*

¿Era esta última una disposicion esencial, efecto de un pensamiento formal y constante? Pues en ese caso la conversion en deuda con interés de las amortizables la impedia aquella ley. ¿Era una disposicion mudable si la conversion habia de verificarse un dia? Pues entonces no debió comprenderse aquella disposicion; y en la mira de convertir las deudas amortizables, debieron adoptarse, al tiempo del arreglo, precauciones para poder realizar la conversion con entera seguridad é igual conveniencia para el Estado y los acreedores.

¡Rara contradiccion! Cuando se arguye á los letrados que han informado á favor de los portadores de certificados de cupones, se rechaza todo juicio que no se acomode, como procede, á la letra y al espíritu de la ley de 1.º de agosto de 1851, regla inmutable para practicar las operaciones del arreglo de la deuda y declinar las obligaciones que de ella no nazcan. Cuando se quiere argüir en favor de la conversion de las

amortizables, aquella ley pierde su fijeza, la primera y mas importante de sus condiciones en nuestra opinion.

III.

Pero hemos dicho que, para realizarse un dia la conversion, debieron adoptarse de antemano precauciones que la hicieran factible. Y vamos á demostrarlo.

Asi como la ley de 1.º de agosto fijó, por orden de anualidades, la sucesiva consolidacion de la deuda diferida, debieron haberse señalado los precios igualmente ascendentes de las deudas amortizables, partiendo del fondo anual de amortizacion y de la masa calculada de deudas amortizables.

Estas deudas vienen á ser de hecho unas deudas diferidas sin interés. El acreedor tiene opcion á realizar anticipadamente su crédito, en cuyo caso debe sufrir el descuento proporcionado al tiempo, ó á percibir íntegramente su haber esperando á la época en que puede alcanzarlo.

La cantidad anual de amortizacion multiplicada por el tiempo con la acumulacion mensual del interés compuesto, si habian de hacerse las subastas de amortizacion por meses, produciria en una fecha dada la totalidad de la cantidad igual á la suma de la deuda amortizable. La par, pues, de esa deuda para la amortizacion se produce en la fecha que indicamos. La amortizacion anticipada de los créditos, exige el descuento proporcionado al tiempo entre el mes en que la amortizacion se obtiene por adelantado y aquella fecha mas remota en que la amortizacion podria hacerse á la par.

Segun esta fórmula los precios-tipos para las subastas debieron quedar fijados al tiempo del arreglo, único modo de haber dado un curso regular y racional á los cambios de esas deudas. No habiéndose hecho así, la conversion, teniendo que ser un acto voluntario, se hacia imposible para el señor Bravo Murillo y cualquiera otro Ministro, porque libres los portadores de dar á sus valores los precios que les acomodara

para sus combinaciones bursátiles, no era posible, para traerlos á la conversion, ofrecerles condiciones igualmente convenientes á ellos y al Estado.

El fondo de amortizacion son 18 millones de reales. Estos 18 millones, aplicados al sostenimiento de un capital de deuda consolidada, representan el de 600 millones. Dedúzcase la disminucion de precio que la emision de tal suma debiera producir; dedúzcase la parte para constituir un fondo de amortizacion necesario para igualar el interés del Estado, y no venir á convertir en deuda perpétua una deuda á mas ó menos tiempo siempre amortizable; y computando los cambios del 3 por 100, desde 1.º de enero de 1853, véase si queda cantidad para recoger la masa de deudas amortizables liquidada y por liquidar, á los cambios que esas mismas deudas tuvieron desde 1853, y mas particularmente desde 1.º de julio de 1858, agregando todavía el mayor precio á que habria sido necesario computar esas deudas para escitar á los acreedores á la operacion.

IV.

Nuestra opinion es que la conversion debió haberse adoptado *à priori*, es decir, al arreglarse la deuda, no creando esa deuda especial amortizable cuyos créditos pudieron ser refundidos en el 3 por 100. Pero no nos detengamos á ventilar una cuestion que no tendria hoy otro mérito que el de un debate teórico, y contrayéndonos á la contestacion que sobre este punto nos hemos propuesto dar al folleto que examinamos, diremos: que ni nuestra Administracion ni la de los demás periodos que siguieron á la del Sr. Bravo Murillo, pudieron realizar una conversion, que en la ley de 1.º de agosto de 1851, por aquel refrendada, no se hallaba permitida.

Fundamento de la ilegalidad del Real decreto de 10 de setiembre de 1852 mandando retener y conservar la quinta parte del producto en venta de los bienes de propios.

I.

Hicimos en la sesion de 15 de junio último una calificación del Real decreto de 10 de setiembre de 1852, que nos ha proporcionado enérgica y sentida rectificación de parte del Sr. Bravo Murillo. Dijimos entonces: «Hay una disposicion, »un Real decreto de 10 de setiembre de 1852, por el cual se »autoriza á los pueblos á vender sus propios con el objeto de »atender á la construccion de caminos de hierro, y el gobier- »no entonces, y es el primer acto que ha tenido lugar de la »aplicacion del capital de los propios al Estado, determinó »que la quinta parte de ese capital se invirtiese en inscripcio- »nes de la deuda pública ó en obligaciones de los ferro-carri- »les, y que los productos de esas obligaciones se aplicasen á »la amortizacion de la deuda. Pero es menester saber el ca- »rácter de esta disposicion:

1.º «Es una disposicion ilegal, y tan ilegal es que no tuvo »ejecucion de ningun género, porque no habia posibilidad ni »facultad en el gobierno para hacer aquello de apropiarse el »caudal de la quinta parte del capital de los propios.»

El calificativo de ilegal que empleamos en aquella ocasion, al examinar dicho Real decreto, podrá ser mas ó menos exacto, mirando el asunto con el juicio del jurisconsulto, profesion ciertamente con que sentimos no podernos honrar; pero nuestros lectores comprenderán que, al tachar de ilegalidad el decreto en cuestion, hemos querido juzgar el fondo, nada acomodado en nuestra opinion al respeto de la legalidad, aunqu

las formas exteriores de que se halla revestido con arreglo á la Constitucion, le hicieran tan legal como el que mas.

II.

El dominio absoluto y esclusivo de los propios era de los pueblos; la renta de esos bienes sufría un impuesto de 20 por 100; el producto de este impuesto se hallaba destinado por la ley de 1.º de agosto de 1831 á la amortizacion de la deuda, mientras la tal contribucion subsistiera.

Los pueblos, cuando convenia á sus intereses, prévias las autorizaciones debidas, vendian los bienes de propios, sin que en este caso pudiera el Estado conservar ni retener, á título de impuesto, ninguna parte del valor capital de las ventas.

Dados estos antecedentes, en el caso de que hubieran los pueblos de emplear sus propios en ferro-carriles, podian hacerlo de dos modos: ó aplicándolos á subvenciones para las empresas de construccion, en cuyo caso desaparecería la renta municipal de los bienes y con ella el impuesto del 20 por 100, ó adquiriendo acciones ú obligaciones de ferro-carriles, susceptibles de una renta, sobre la cual el Estado seguiría percibiendo el 20 por 100 mientras el impuesto no se redujera ó suprimiese. En este segundo caso la propiedad de los pueblos experimentaba una mera trasformacion. En vez de ser territorial su propiedad, poseerian valores de crédito, cuya enagenacion y aplicacion ulterior seguía sujeta á las mismas reglas y condiciones que los bienes territoriales.

¿Con qué derecho el gobierno, sin la concurrencia legislativa, mandaba retener y conservar la quinta parte del capital de los propios? Si el Estado por las leyes no podía ejercitar sobre el capital territorial de los propios retencion ni reserva alguna, tampoco podía establecerla sobre el capital á metálico ó en acciones, ú obligaciones de ferro-carriles, producto de la enagenacion de los bienes territoriales. En uno ú otro caso, la

retencion procedente era la del impuesto sobre la renta que produjeran sus propios á los pueblos, ora consistiese en bienes territoriales, ora en efectos públicos. El impuesto no podia en ningun tiempo ni por ninguna consideracion ser capitalizado, atrayendo á sí el Estado la suma de la capitalizacion para retenerla y reservarla: lo contrario era faltar al espíritu de las Córtes, bien manifestado en aquella declaracion hecha al discutirse la ley de arreglo de la deuda, de que lo que se votaba era la aplicacion de un impuesto que no tiene, como todos, mas permanencia que la transitoria y contingente del voto anual de los poderes públicos.

III.

Dice el Sr. Bravo Murillo que la propiedad, el dominio del capital representativo de los bienes quedaba intacto, ó lo que es lo mismo, añadimos nosotros, la quinta parte de aquel capital. Esta declaracion no resulta del Real decreto á que nos hemos referido si se examina la esposicion con que fué propuesto á la aprobacion de S. M.

Despues de encarecerse las ventajas de enagenar los bienes de propios, se espresaba lo siguiente: «Sin embargo, aun adoptados estos principios por norte de conducta, al procederse á la concesion de tales enagenaciones es preciso poner á cubierto los intereses del Estado, adjudicándole la parte que en ellos le tiene aplicada la ley. Para salvar, pues, derechos del Estado fundados en leyes y no desatender obligaciones que ellas tambien consagran, preciso es adoptar las disposiciones consiguientes. Procede por lo tanto que en la enagenacion de esta clase de bienes que se verique en adelante, retenga y conserve el Estado la quinta parte, á fin de poder destinar sus productos en renta y conservar el Estado la quinta parte, y con tal objeto *habrá de ponerse á disposicion del Tesoro público* la quinta parte del precio que se obtenga por las fincas de propios que se enagenen en

»efectivo ó en obligaciones, segun se verifique la enagenacion.»

Así explicado el Real decreto de 10 de setiembre de 1852, en la esposicion de motivos segun la que el Estado habrá de retener y conservar la quinta parte del valor de las ventas ¿no se atribuia el Estado una facultad que la legislacion del impuesto de propios no le permitia? ¿Por qué no se dejaba á los pueblos seguir *en la conservacion* de la quinta parte del capital de sus bienes trasformado en valores de crédito como de las otras cuatro quintas partes, percibiendo el Tesoro el impuesto sobre la renta del todo, y libre y espedita la accion municipal para dar á sus capitales en su integridad el empleo que sus necesidades y conveniencia les aconsejasen? ¿Pues qué no arguye una violencia al derecho desmembrar del Erario municipal la quinta parte de su capital por la capitalizacion de un impuesto que de esta suerte venia á tomar un carácter de permanencia que las Córtes no quisieron consentir en 1851?

De tal suerte es fundado el sentido que todos, como nosotros, han dado al Real decreto que examinamos, que precisamente en él han querido fundar y fundaron los acreedores de las deudas amortizables la inteligencia del número 3 del artículo 16 de la ley de 1.º de agosto de 1851, suponiendo pertenecerles la quinta parte del capital de los propios de los pueblos.

Precisamente con ese Real decreto se querian destruir las declaraciones hechas por el Sr. Bravo Murillo al discutirse la enmienda del Sr. Camps.

IV.

Si el calificativo de ilegal que hemos empleado al juzgar el Real decreto de 10 de setiembre de 1852 es desacertado, nuestros lectores lo decidirán en vista de lo que dejamos espuesto, mas que por la entidad de la cuestion, por explicar

la razon en que nos apoyábamos al usar dicha calificacion, nunca con propósito de hacer un cargo al Sr. Bravo Murillo, y mucho menos olvidando la circunspeccion necesaria en quien como nosotros estuviere revestido de un alto carácter en el seno de la representacion nacional.

La ley de enagenacion de los bienes baldíos y realengos está contenida en la de 1.º de mayo de 1855 y demás disposiciones sobre desamortizacion general.

I.

Examinando el Sr. Bravo Murillo en su folleto una asercion hecha en las Córtes cuando contestamos á los que reclamaban la presentacion del proyecto de ley de venta de baldíos y realengos indicado en el artículo 16 de la ley de 1.º de agosto de 1851, en cuya ocasion declaramos que la ley pedida estaba contenida en la de 1.º de mayo de 1855, nos dice el Sr. Bravo Murillo que no hay en esto exactitud.

Confesamos que semejante negativa nos sorprende extraordinariamente, como sorprenderá sin duda al gobierno que inició la segunda de aquellas leyes y á los diputados que la votaron. ¿Es posible sostener que una ley que pone necesariamente en venta los bienes no solo del Estado, sino los de los pueblos, del clero, de las órdenes militares, de cofradías, obras pias y santuarios, de secuestros, de beneficencia, de instruccion y cualesquiera otros pertenecientes á manos muertas, dejase de referirse á los realengos y baldíos? ¿El dominio de esos bienes es de algun otro que del Estado? ¿No fueron administrados, vendidos y aplicados sus productos en todos tiempos por cuenta del Tesoro público? Pues al decir la ley que se ponen en estado de venta todos los bienes del Estado,

¿cómo es posible que omitiera los baldíos y realengos, cuyo propietario es él?

III.

Parece que el Sr. Bravo Murillo deduce su opinion de que la ley de 1.º de mayo de 1855, no contiene las escepciones y la forma en que debieron venderse los baldíos y realengos, segun las disposiciones consignadas en un proyecto de ley preparado en octubre de 1851, y que publica por apéndice á su folleto.

Si lo permitiera la índole de esta publicacion, nosotros probaríamos, exhibiendo textos y comparando las disposiciones de aquel proyecto con las de la ley de 1.º de mayo de 1855, 11 de julio de 1856, reglamentos espeditos para su ejecucion, y disposiciones sobre montes, dictadas despues de aquella, que con las diferencias que los legisladores creyeron adoptar, las reglas de tasacion, las subdivisiones de fincas, las subastas, los plazos de pago, las escepciones todas, cuantas bases constituyen el proyecto del Sr. Bravo Murillo, se hallan comprendidas en las leyes de desamortizacion y sus derivados, y que por lo tanto, estuvimos exactos al decir que la ley pedida para la venta de baldíos y realengos está en la ley de 1.º de mayo de 1855.

Liquidacion de la deuda del Estado. Innecesidad de la ley de caducidad de créditos.

I.

De una manera incidental, y despues de aplaudirnos el Sr. Bravo Murillo la presentacion del proyecto de ley que

tuvimos la honra de someter á las Córtes para la conversion en deuda amortizable de segunda clase de los intereses de láminas de la del 5 por 100 á papel, hace mencion de otro proyecto de ley que en su tiempo fue presentado á las Córtes sobre caducidad de créditos, cuya adopcion cree de conveniencia pública, lamentando los perjuicios y males que á los intereses del Estado y de los acreedores ocasiona la no resolucion y liquidacion de multitud de expedientes y reclamaciones pendientes en la administracion de la Deuda pública.

Lamenta tambien que en los 13 años que han trascurrido desde que se puso en ejecucion la ley de arreglo de la Deuda, ninguna medida estraordinaria se haya tomado para acelerar y terminar la liquidacion de los créditos pendientes; que no se haya obligado á las oficinas de la Deuda á trabajar en horas estraordinarias, ni se procurase el pronto despacho por medio de la agregacion temporal del personal necesario.

Hemos espuesto en su integridad el cargo que contra las Administraciones de 1853 se desprende de ese capitulo del folleto, y mas principalmente contra la de los 5 años, la mas larga de todas ellas.

II.

Creemos que todos los Ministros han procurado remover los obstáculos de la liquidacion por los medios que á cada uno le ha parecido conveniente; pero por lo que á nosotros hace diremos que no hemos adoptado el sistema de trabajo en horas estraordinarias, porque son conocidos por la esperiencia los resultados que ese recurso hubiera producido: que la liquidacion en la mayor parte de los casos ha pendido de resoluciones que era necesario dar á cuestiones suscitadas en la aplicacion de leyes y disposiciones tan importantes como las de Deuda pública, que teniendo un carácter general, interesaban á gran número de expedientes: que la informacion y consultas de que era necesario revestir estas cuestiones, ha-

cian de suyo dilatorias las resoluciones, que una vez terminada la tramitacion, todos cuantos negocios se nos han sometido á resolucion, ya fuesen de un carácter puramente administrativo, ya exigiesen el concurso de los Cuerpos colegisladores, todos los hemos despachado adoptando los acuerdos que en nuestro juicio eran procedentes.

Los aumentos de personal, ya de planta ya con carácter temporal, indicado por el Sr. Bravo Murillo, todo ha sido concedido sin restriccion ninguna.

Todavía hemos ido mas adelante: conferenciando frecuentemente con los dignos jefes de este ramo de la administracion, hemos procurado investigar formas mas expeditivas de despacho que las seguidas, con el deseo de apresurar la liquidacion.

Todo esto se ha hecho, y la liquidacion ciertamente no avanza tanto como seria de desear.

II.

Pero dejando á un lado estas esplicaciones de detalle ¿se olvida lo trabajoso de la liquidacion de nuestra deuda tan compleja, abrazando épocas tan remotas, complicadas por grandes guerras y trastornos políticos y administrativos?

¿Se olvida que el departamento de liquidacion de la Deuda requiere en sus funcionarios una capacidad, una instruccion mucho mayor que ningun otro de la administracion de la Hacienda, pues que supone el conocimiento de las prácticas de antiguos métodos de administracion, de antiguas organizaciones de los servicios públicos; una esperiencia consumada para depurar documentaciones añejas, cuya lectura en algunos ramos ha sido privilegio de contadas individualidades? ¿Se cree que quedan en los cuadros de nuestro personal activo y pasivo tantos funcionarios que conozcan lo que era el régimen de la administracion de Hacienda en el siglo pasado, en lo que va del presente hasta fin de 1844, para exa-

minar y comprobar con facilidad en ese piélago de reclamaciones y espedientes, cuáles constituyen una obligacion real y efectiva para el Estado?

III.

Tuvimos ocasion muy reciente de hacernos cargo de reclamaciones que se hacian para promover lo que llaman algunos *una ley de caducidad*. Con la circunspeccion que nos imponia el lugar en que hablábamos abordamos esa cuestion. ¡Pedir una ley de caducidad cuando existen multitud de disposiciones que han consignado prescripciones de los créditos antes de decretarse la ley de contabilidad de 20 de febrero de 1850, donde por primera vez tomó lugar en nuestra legislacion administrativa con la solemnidad necesaria la prescripcion de las deudas no reclamadas oportunamente al Estado! ¡Pedir la ley de caducidad cuando la de contabilidad ha confirmado por lo anterior los plazos de prescripcion dictados, y para lo sucesivo la prescripcion quinquenal!

¿Saben nuestros lectores lo que seria la presentacion de un proyecto de ley de caducidad de créditos? El riesgo á la invasion de un torrente de reclamaciones, cuya magnitud es incalculable: provocar un debate sobre la justicia de las prescripciones imputadas en tiempos antiguos en condiciones violentas para muchos acreedores, y ante las cuales seria dificil que en el terreno de la razon pudieran justificarse muchas disposiciones que han causado estado.

IV.

¿Qué se diria, sometido un proyecto de ley de caducidad á las Córtes, cuando se produjeran reclamaciones que podrian manifestar no hubo justicia para imputar el plazo de prescripcion de 1836 á 1837, á esas familias que, viviendo en lu-

gures dominados constantemente por las facciones, no veian otras disposiciones de los poderes públicos que las que aparecian en la *Gaceta* de Oñate y en los *Boletines* de Berga y de Morella? ¿Qué diria el Sr. D. Juan Bravo Murillo si otros interesados hicieran presente que allá en 1824 por una circular á que no se dió publicidad, que fue mas bien una investigacion sigilosa de lo que podrian importar las presas hechas por los ingleses, las Juntas de Comercio tomaron nota de lo que pudieron averiguar, que remitida al Ministerio de Estado allí se hizo una general; que despues, cuando se trató de aplicar la ley de arreglo de la Deuda de 1851 por un decreto que refrendara el Sr. Bravo Murillo, se declaró que la misma ley se entendiera solo con los créditos que figuraban en aquella nota formada en el Ministerio de Estado. ¿Qué les diria cuando espresasen: no hemos tenido conocimiento del llamamiento que se hiciera para la presentacion de los créditos en 1824; no hubo publicidad; unos estábamos en Asia, otros en América, los demás dispersos por las plazas de comercio del mundo entero?

No sabemos lo que contestaria.

V.

Pues bien: nosotros con la conviccion que en esta parte tenemos de los peligros de promover un debate como el que supondria esa ley de caducidad, y á pesar del dolor de ver familias infelices que podrian ser ricas revisando aquel decreto del Sr. Bravo Murillo, hemos resuelto negativamente propuestas que se nos hicieron con el apoyo de los primeros cuerpos del Estado para someter á las Córtes un proyecto de ley que facilitase el reconocimiento de los créditos por presas inglesas á que nos referimos. Hemos mantenido que, conforme á la ley de contabilidad, los plazos anteriormente imputados están trascurros y causada la prescripcion.

Si el lugar nos lo permitiera estenderíamos mucho mas estas consideraciones, pero como una indicacion que confirma nuestros temores, será bastante que llamemos la atencion de todos hácia esos anuncios, un día y otro publicados, para la *compra de créditos del Estado caducados*.

VI.

En uno de nuestros artículos del mes de agosto, dijimos que si en la discusion de la ley de arreglo de la Deuda hubiera habido menos interés político y mayor atencion para profundizar la materia y deslindar bien los detalles de tan complejo y difícil asunto, muy diferentes habrian sido, en nuestro concepto, algunos de los resultados que hoy se alcanzan.

Entre otras cosas, las disposiciones sobre la caducidad de créditos, si es que eran de adoptarse, deberian haberse consignado en aquella ley de arreglo, lugar propio, puesto que su objeto y nombre lo indican, para dejar bien sentado cuáles créditos y con qué condiciones debian ser aceptados y convertidos.

De todas suertes, nosotros al terminar, recomendaremos á la administracion mucho cuidado, muchas precauciones antes de aceptar, no ya un proyecto, sino la idea de su formacion, dirigido á formular la ley de caducidad que se pide, innecesaria á nuestros ojos cumpliendo las disposiciones vigentes.

VII.

Resumiendo cuanto dejamos espuesto, á propósito de lo que nos ha sugerido el folleto que tenemos á la vista en la parte que como puntos principales y secundarios abraza la

seccion consagrada á las deudas amortizables aparece probado:

1.º Que las reclamaciones de los interesados en dichas deudas son juzgadas de entera conformidad por el Sr. Bravo Murillo y nosotros.

2.º Que no tiene fundamento, ni con relacion á la ley de 1.º de agosto de 1851 ni á las circunstancias del curso de los valores públicos, la posibilidad de la conversion de dichas deudas en deuda con interés.

3.º Que á nuestro juicio el decreto 10 de setiembre de 1852 era ilegal en su esencia, por cuanto no estaba conforme con la legislacion vigente sobre el impuesto del 20 por 100 de propios, cuya novacion no podia hacerse sin el concurso del poder legislativo.

4.º Que la ley de venta de baldíos y realengos está contenida en la de 1.º de mayo de 1855, 11 de julio de 1856 y demás disposiciones sobre desamortizacion general. Y

5.º Que es innecesaria la ley de caducidad de créditos, bastando la observancia de las disposiciones que se dictaron y confirmó la ley de contabilidad, siendo la dilacion con que marcha la liquidacion de la Deuda, efecto de las dificultades inherentes á su misma complicacion y antigüedad.

Certificados de cupones.

I.

¡Maldita cuestion! Cuando tenemos que hablar de ella experimentamos el sentimiento del mas profundo disgusto y de la mas fuerte indignacion.

¡Haber confesado en 1851 nuestra impotencia para aceptar en su integridad toda la pesadumbre de las cargas que los antiguos tiempos nos legaran; habernos mostrado nobles y honrados ante nuestros acreedores ofreciéndoles lo que per-

mitian nuestras fuerzas, y creyendo sinceramente que se aceptaba con gusto lo que nos era dado pagar, sufrir un día y otro los clamores de gentes que difunden por el mundo quejas desdorosas para la honra nacional!

¡Proclamar la insolvencia de España é imponernos la sentencia que sus Bolsas dictaron de antiguo para los tramposos y los fallidos!

Bajo la impresion de este espectáculo ¿qué habremos de decir? Inspirarnos en los mismos sentimientos que dictaban nuestros artículos del mes de agosto, y contestar á esos negociantes que ellos no correspondieron á la hidalguía con que España se mostró en 1851.

¿Por qué, si no habian de consentir el arreglo que se les propuso y de que tenian conocimiento, cambiaron los antiguos titulos de su derecho por los que nuevamente les ofreciamos? ¿Por qué, si considerando que les haciamos una confiscacion, no se mantuvieron en el lugar en que estaban conservando sus cupones para exhibirnos hoy, en vez de unos certificados sin autoridad alguna, aquellos documentos, que obligarian á la nacion á convenir en otras condiciones?

Lo hemos dicho antes de ahora: la razon de hecho y de ley no justifica por ningun concepto sus pretensiones.

«Al someterse los acreedores á la conversion que se acordó por la ley de 1.º de agosto de 1851, entregando los cupones en cambio de la deuda diferida, por mas reservas que hicieren, por mas protestas que despues hayan formulado, es lo cierto que se desprendieron del único título que los constituia en acreedores del Estado. Al pasar de las manos de los acreedores á los de la Administracion mediante la entrega de los equivalentes titulos de la deuda diferida al tipo de 100 reales de esta por 200 de cupones, la anterior obligacion quedaba *ipso facto* cancelada y extinguida. Ni en todo ni en parte subsistia hábil para ulteriores reclamaciones, pues nunca podrá admitirse el principio de que á espalda del Estado un Comité particular, tomando de un arreglo lo que le conviene, cree y emita despues documentos que puedan en ningun

»tiempo constituir al Estado deudor de sumas que por su
 »parte juzgaba satisfechas. Si los acreedores hubieran conser-
 »vado los cupones, estarían en la plenitud de su derecho re-
 »chazando la conversión de 1851 y reclamando el pago ínte-
 »gro y efectivo de su valor. Habiendo procedido de otro
 »modo hubo capciosidad, hasta cierto punto, en el consenti-
 »miento aparente del arreglo, que no se habría hecho en
 »aquellos términos si el Gobierno hubiera conocido de ante-
 »mano el propósito de los acreedores.»

Tales eran los términos en que apreciábamos á la luz del derecho las pretensiones de los portadores de certificados de cupones: esas han sido las razones que, arraigadas en nuestra cabeza con la fuerza de una convicción, nos han hecho mirar negativamente aquellas pretensiones en el transcurso de mas de cinco años.

En el examen imparcial que de este asunto practicamos en nuestros artículos ya citados del mes de agosto, haciendo ver las razones de equidad que podían prestar apoyo á las pretensiones de estos interesados, decíamos que la forma en que en 1841 había la Regencia provisional del Reino acudido al pago de cupones atrasados, y la manera también en que habían sido satisfechas otras deudas del Estado, eran precedentes que habían de dar lugar á que los acreedores por cupones desde 1841 en adelante reclamaran contra el arreglo, y que, si por el momento se sometían á la conversión en deuda diferida, como el arreglo de 1851 lo establecía, se vendrían después con protestas y reclamaciones que nunca disculparíamos, acabando por aplicar á España sin justificación bastante el estatuto que Bolsas como la de Londres tienen de antiguo adoptado, cerrando el curso á los valores de las naciones que no arreglan sus deudas con aceptación de los acreedores.

Así apreciábamos los dos aspectos de la cuestión, resumiendo todo esto en la manifestación de que la razón de estricto y riguroso derecho que nace del hecho de haber canjeado 200 reales en cupones por 100 en títulos de deuda

diferida, da al Estado gran fuerza para denegar lo que pretenden los portadores de certificados: que consideraciones no desatendibles de equidad prestarían á las quejas de esos interesados otro aspecto, si no hubiesen tomado sus reclamaciones el giro que les han trasmitido con el ruido de sus *meetings* y los ataques de sus periódicos.

Citábamos entonces un ejemplo moderno del imperio vecino de revisiones de arreglos previamente imputados á los acreedores, y decíamos con este motivo que sin las estrepitosas reclamaciones hechas, sin la actividad de guerra en que desde los primeros momentos se colocaron los portadores de certificados y sin la emision de semejantes documentos, habria podido el gobierno revisar el arreglo de 1851 y someter á las Córtes el proyecto de rectificacion que hubiera procedido.

Enumerábamos despues todas las dificultades que al presente ofrecería el arreglo de los cupones, y juzgando entre ellas como una de las mas graves el aspecto que en el terreno de la política habia adquirido, nos aconsejábamos á nosotros mismos como á cualquiera otro que pudiera ocupar el Ministerio de Hacienda, que no acometiese la empresa de resolver la cuestion que nos ocupa sin haber provocado y obtenido ante todo un solemne y público compromiso de solidaridad de parte de los representantes de todos nuestros partidos políticos en la adopcion de semejante medida.

¿Y qué nos movía á dar este consejo?

Un espectáculo por cierto bien extraño.

Veíamos lamentarse uno á uno privadamente á casi todos nuestros hombres de Estado de esa malhadada situacion que el arreglo de 1851 nos ha creado en Europa, é indicar la necesidad de ponerla término, al paso que ninguno de ellos, ni en la esfera del gobierno ni en las cámaras, querían aceptar la mision de iniciar el debate sobre este asunto. Veíamos los periódicos de las mas opuestas tendencias políticas, representacion de otros que en épocas pasadas habian sostenido fuertes discusiones contra el reconocimiento de los certificados, recoger con avidez todos los insultos, todos los malos trata-

mientos que los interesados en aquellos papeles y sus órganos en la prensa amontonaban diariamente sobre nosotros, que ninguna participacion tuvimos en la combinacion del arreglo impugnado, y que cumpliendo con nuestro deber manteniamos firmes la eficacia de las leyes del reino y los hechos que á su tenor habian sido consumados.

Veíamos administradores de toda clase de compañías industriales y comerciales quejarse de sus embarazos para la ejecucion de las empresas á causa de la clausura de los mercados de Inglaterra, Alemania y Holanda, y parecia como que era la última administracion la causante de esas contrariedades, no facilitando los medios de concluir con un estado de cosas para todos perjudicial.

Por estas consideraciones, queriendo poner en claro la verdadera posicion de cada cual enfrente de una cuestion cuya responsabilidad á nosotros se nos imputaba, y acerca de la que bien espresamente habíamos espuesto nuestras opiniones, pedíamos á esos periódicos y á los gestores de las compañías que manifestaran pública y solemnemente si los unos mantenian las sátiras de 1853 contra el reconocimiento de los certificados; si los otros aceptaban la responsabilidad y eficacia de lo que un gobierno de su misma significacion política hiciera tambien contra los cupones; si algunos cuya existencia en la esfera de la prensa era desconocida entonces, creian que el gobierno podia hacerse cargo de las reclamaciones del comité de Londres, y que considerando viva una deuda extinguida para el Estado, subsistente para los acreedores por el atestado de una comision particular, se estaba en el caso de nuevos abonos por este concepto; y finalmente, á los administradores de las compañías, si experimentaban las contrariedades mencionadas, manifestaran á la Nacion con la autoridad de sus firmas los efectos de esas mismas contrariedades.

Dijimos que si todos prestaban el apoyo de su consentimiento, el gobierno deberia intentar algo para concluir con este estado de cosas.

Mas adelante, á la conclusion de los artículos á que nos

vamos refiriendo, decíamos: «Pueden esos alborotadores de nuevo género proseguir en sus publicaciones deprimiendo á »los ministros, á las cámaras, á los poderes que no les sean »propicios; nada conseguirán por este camino: no harán mas »que afirmar á los hombres rectos en la convicción de su in- »justicia. Pidan la destitucion del Ministro actual. Detrás de »él vendrán Bermudez de Castro, Santa Cruz, Bravo Murillo, »Madoz, cualquiera á quien su saber y su probidad eleven á »las regiones del poder. En ellos tendrán ministros que man- »tengan los derechos de la nacion como los mantuvieron en »los tiempos en que rigieron sus negocios.»

II.

Nuestra opinion, pues, contra los certificados de los cupones es bien clara, y no hay por cierto en el folleto del Señor D. Juan Bravo Murillo una razon ni mas sólida ni mas concluyente, fuera de aquellas que ha consagrado á rebatir opiniones jurídicas, que la que nosotros condensamos y hemos inserto en las líneas anteriores. Pero el autor del folleto, interpretando con equivocacion el sentido y el objeto del llamamiento que hacíamos á la exposicion de otras opiniones sobre este mismo punto, deduce el vislumbre en nuestras indicaciones de que se convierta en hecho la posibilidad de una resolucion favorable á las reclamaciones de los portadores de certificados, en el caso de que, acordes acerca de él los representantes de las diversas opiniones, expusieran todos unánimemente la conveniencia de hacerlo, mostrando con esto nuestro deseo de ceder á la opinion, si esta fuese universal y decidida; pareciéndole en esto al Sr. Bravo Murillo el autor de los artículos semejante á la persona que, contenida por el pudor ó por consideraciones de diverso género, para no anunciar á otra que se halla dispuesta á condescender con sus aspiraciones, desea que se le haga violencia para aparecer que ha cedido á ella.

No. No se ha cruzado por nuestro corazon semejante deseo: tenemos la conciencia de nuestras convicciones para ejecutar sin hipocresía lo que nos dicta nuestra razon.

Pedir el esclarecimiento de la situacion que en este asunto ocupan los demás, no es ceder á las inclinaciones de estos. Decir que si la opinion fuese universalmente conforme y unánime el consentimiento de que el gobierno intente *algo* para concluir con el estado de cosas en que nos encontramos, y anunciar en la afirmativa de este consentimiento, que debiera ejecutarse, no es resolver favorablemente las pretensiones de los tenedores de certificados de cupones, cuya personalidad, como acreedores del Estado, hemos rechazado siempre, y cuyos papeles hemos condenado á la mas completa nulidad.

Pedir el esclarecimiento de la situacion que en este asunto ocupan los demás, es proponerse el fin que hemos conseguido de que el Sr. D. Juan Bravo Murillo en primer término manifestase cuál era hoy, al cabo de doce años, su juicio sobre la cuestion. Su silencio en medio de ese torbellino de diatribas que á todas horas lanzaban los *meetings* y los periódicos contra los ministros que sucedieron al Sr. Bravo Murillo, autorizaba á algunos para considerar que la viera actualmente bajo diferente aspecto: su posicion de Presidente del Consejo de Administracion de una gran empresa, á alguno de cuyos miembros hemos oido en muchas ocasiones lamentar la clausura de las Bolsas extranjeras y pedir al gobierno gestiones para su apertura, nos creaba mucha dificultad cuando firmes en nuestras opiniones, un dia y otro durante cerca seis años, permaneciamos sordos á toda reclamacion del Comité de Londres, denegábamos indicaciones que, aunque con carácter confidencial, se nos hacian por agentes diplomáticos, y llevamos la extremidad de nuestra conviccion hasta negar la recepcion personal de individuos que se presentaban con tales reclamaciones, lanzando á alguno de nuestro despacho á donde habia penetrado con el anuncio de otros asuntos.

De seguro, si el Sr. D. Juan Bravo Murillo hubiera leido

con mas atencion el final de nuestros articulos no habria hecho la deducccion que nos vemos en el caso de rebatir, porque precisamente al invocarle como uno de los que podrian sustituir al Ministro de los 5 años, cuya destitucion se pedia en folletos inspirados por los interesados en los cupones y deudas amortizables, les anunciábamos que él mantendria tambien los intereses de la nacion.

Decir que en el caso de una conformidad general el gobierno intente algo para poner término al presente estado de cosas, no es, volvemos á repetir, reconocer los certificados de cupones. Entre esto, que lo repugna la ley, por la cual siempre abogaremos, y la estremidad heroica á que el Señor Bravo Murillo quiere conducir las cosas, cabe, en alivio de inconvenientes que se experimentan, temperamentos, soluciones de dignidad para la nacion, á la que no se sirve mejor en ocasiones escitándola á dolorosa resignacion que á prudente magnanimidad.

III.

Hemos consignado la razon, á nuestro juicio decisiva, contra las reclamaciones de los tenedores de certificados de cupones, y de consiguiente es innecesario estendernos en la esposicion de otras que no añadirian mayor robustez al cardinal é irrefragable fundamento de la negativa anteriormente asentada.

Por otra parte, siguiendo el exámen del folleto, ¿cómo habríamos de penetrar en ese debate jurídico establecido entre el Sr. D. Juan Bravo Murillo y los letrados que informaron sobre la consulta de Mr. Powles?

Carecemos ante todo del título de jurisconsulto con el que tendríamos derecho para terciar en la cuestion, y sabemos bien los límites de nuestra competencia para no esponernos á incurrir en errores.

Pero esto no obstante, aun á riesgo de equivocarnos, nos

ha de ser permitido hacer algunas observaciones que nos sugiere la lectura del folleto á que contestamos.

Tenemos aprendido, y la jurisprudencia que en otras partes se ha seguido en materia de deuda pública nos lo ha enseñado tambien, que las relaciones del Estado con sus acreedores no se ajustan á las reglas que rigen entre deudores y acreedores comunes. Estas últimas tienen por norma derechos que en ninguna circunstancia pueden dejar de ser eficaces.

Las relaciones de un Estado con sus acreedores se han subordinado á consideraciones de un carácter mas especial y á miras de orden público.

Así se verifica que mientras el crédito que un particular tenga de otro puede ser retenido y embargado, en todas partes los que se derivan de los títulos de la Deuda pública no pueden sufrir embargo ni retencion.

Así ha sucedido que mientras el rédito de los capitales prestados á particulares es objeto de contribucion, los que el Estado paga por razon de la Deuda pública se hallen exentos de iguales imposiciones.

Así, al paso que en los negocios particulares los tribunales, condenando á uno al pago de una obligacion, la ejecucion de la sentencia no sufre dilacion ni hay consideracion para detener su cumplimiento; tratándose de obligaciones del Estado la accion de los tribunales se limita á declarar en su caso la existencia de aquellas, subordinándose el cumplimiento á las leyes de presupuestos, que así como siempre deben hacerlo, puede muy bien suceder que no presten los medios correspondientes.

Por esas consideraciones de orden público, en fin, ni los tribunales acogen ni ejecutan por efecto de ellas al Estado cuando falta al pago del cupon de la Deuda pública, ni en el orden de las relaciones internacionales de los gobiernos, á no mediar tratados, hacen suyas las reclamaciones que por aquella causa tienen que deducir sus súbditos contra otra potencia, lo cual no acontece por cierto cuando se versan otra clase de derechos.

Partiendo nosotros de la especialidad de las relaciones en que consideramos al Estado con sus acreedores, tenemos que discrepar bastante de las opiniones que en materia de crédito público espone el Sr. Bravo Murillo.

Impotentes los particulares para hacer cumplir estrictamente á los Estados sus obligaciones, solo hay para ellos una condicion que los precave de violencias; el honor mismo de los Estados.

Este sentimiento, siempre necesario entre los individuos, es para el Estado la mejor prenda con que debe garantir la integridad de los derechos de sus acreedores. El olvido de él, es mas dañoso al mismo Estado que á los particulares. Los pueblos necesitan el concurso del crédito, sin el cual no pueden vencer ni las grandes crisis de la política, ni acometer las grandes empresas de fomento, cada dia mas necesarias y mas útiles al bienestar general.

Cuando, llegadas situaciones de esta clase, las naciones tienen que apelar al crédito, pronto encuentran los resultados correspondientes al modo con que levantaron sus compromisos anteriores. Si los cumplieron con exactitud, hallarán inagotables recursos en la confianza pública. Si escatimaron ó desconocieron por completo sus antiguas obligaciones, ó pagarán juntas en nuevas y costosas negociaciones las antiguas deudas, ó lo que es peor, se verán privadas de todo auxilio para dominar sus dificultades.

Por esto las naciones que con una esperiencia mayor han conocido con tiempo los efectos de una y otra conducta, ó han cuidado de no dar con ella motivo á queja de ninguna clase, ó si por la fuerza de circunstancias imperiosas no fueron tan exactas como debieron, en el primer momento propicio procuraron subsanar aquellos defectos en que pudieron incurrir.

Estas ideas han sido siempre el norte de nuestra conducta, y su conveniencia y necesidad está acreditada por la historia, que nos enseña por qué la Inglaterra siempre, moderadamente la Francia y todos los demás Estados despues de la esperiencia de las combinaciones de Hacienda durante las

guerras de la República y del Imperio, han rendido culto religioso al cumplimiento de todas sus obligaciones.

Los Estados no tienen como los particulares una responsabilidad limitada, lo cual es su misma existencia. Los Estados en el curso indefinido de su vida tienen medios tambien indefinidos de cumplir sus obligaciones. Si hoy tocan una dificultad para ello, mañana esa dificultad desaparece, y el Estado podrá contar con lo que antes no tenia.

La eternidad de la subsistencia de la responsabilidad del Estado, el mismo Sr. Bravo Murillo la ha proclamado. Con ella brindaba á los imponentes en la Caja de Depósitos al formular el pensamiento de la creacion de ese establecimiento.

¿Cómo, pues, en el folleto se empeña en querer probar que las obligaciones contraidas por el Estado, por la deuda pública, pueden y deben experimentar la reduccion correspondiente al limite de los medios con que cuente el mismo Estado? ¿Se ha olvidado el precepto constitucional que los coloca bajo la salvaguardia de la Nacion?

Nosotros debemos declarar que nunca tales compromisos deben tener la menor reduccion, y mas decimos: que proce diendo en esta parte como proceden las naciones de quienes hemos tomado esta como otras instituciones, no ha debido ni debe resultar la posibilidad de tal acontecimiento. En esas naciones está de tal modo garantido el cumplimiento en todos tiempos de las obligaciones de la deuda pública, que los recursos para atenderla están colocados en las condiciones del mas absoluto respeto.

En Inglaterra esos recursos constituyen lo que se llama el fondo consolidado, respetado hasta tal punto, que ni discusion anual cabe en el parlamento sobre su existencia, ni sobre las obligaciones á que se halla afecto.

Se discutirán las fuerzas mas ó menos grandes de los ejércitos y de la armada; los servicios de las administraciones en todos los demás ramos; se concederán ó negarán los subsidios que puedan exigir. Lo que no se pondrá nunca á

discusion ni votacion serán los elementos del fondo consolidado, ni lo que debe ser atendido con este fondo.

¿Querrá para probarse la exactitud de las ideas que rebatimos llevarse el argumento á la estremidad de una gran desmembracion territorial que parta las fuerzas económicas de un Estado ó su absorcion total por otro? Pues aun en esta hipótesis pasarian las deudas de la nacion desmembrada ó absorbida á formar capítulo entre las obligaciones del Estado absorbente con la misma prioridad y consideracion en que anteriormente se encontraban.

No discutamos, por Dios, nuestras cuestiones al frente de los acreedores como un negociante que formaliza un concurso y se entrega á la caridad ó á las maldiciones de sus acreedores.

Tratar la cuestion de este modo es rebajar la grandeza del Estado. Practicar tales ideas es proceder, no con las miras del hombre de Estado, y mucho menos de los que están llamados á dirigir los negocios rentísticos del pais, quienes siempre deben tener presente el dicho sentencioso de que *las naciones deben pagar hasta sus locuras*.

VI.

Es de estrañar que el Sr. D. Juan Bravo Murillo manifieste en su folleto oposicion terminante á los empréstitos, espediente que no admite sino en la estremidad de una lucha para la defensa nacional.

Nosotros tampoco practicaríamos el empréstito si siempre las rentas anuales produjeran, no ya lo bastante á las necesidades diarias y de un caracter indeclinable, sino para hacer algo mas en la mira de acrecer y fomentar los ramos de la riqueza pública. Pero como esto sea absolutamente imposible, y en muchos casos sea preferible el método del crédito al del impuesto, porque hay que dar descanso á los pueblos dejándolos desenvolver su riqueza, de la que siempre es el impuesto una

sustraccion, en momentos hasta fatal: para realizar grandes empresas cuyo retraso seria una inmensa falta, hay que admitir el uso del crédito, cuyo ejercicio bien combinado nunca puede dar lugar á conflictos ni cataclismos.

Convendremos ante todo en una opinion que nos es comun: que todo empréstito debe partir de la base de una renta con que alimentar los réditos y la amortizacion.

Pero esa renta puede existir ya formada ó puede salir de la accion reproductiva en su empleo del capital mismo del empréstito. Esto es claro como las verdades mas vulgares.

El Sr. Bravo Murillo indica que no haria ningun empréstito no contando con un sobrante en el presupuesto. Con este sobrante han contado todos al emprender esas operaciones. Pongamos al Sr. Bravo Murillo en el caso de tener hoy ese sobrante. ¿Haria un empréstito sobre él? Nada tenemos que decirle. Pero como las necesidades y las rentas del Estado no son una cosa completamente fija, ¿qué haria el Sr. Bravo Murillo el dia siguiente de contraido el empréstito y cuando el sobrante existia, si este hubiese desaparecido y el déficit surgiese? Vendria de hecho á colocarse en la misma situacion que si el empréstito lo hubiese usado sin tener sobrante.

Pongamos todavía mas en evidencia que el principio sentado por el Sr. Bravo Murillo queriendo probar mucho no prueba nada.

El Estado como un particular no tiene un sobrante actual en el presupuesto, pero estudia é inicia un proyecto que reclama una cantidad, para cuyo rédito no tiene seguramente renta prévia: realizado el proyecto, sus beneficios dan para cubrir aquellas anualidades en que anticipadamente, sin haber todavía productos, habia que pagar réditos: despues vienen productos y los réditos antiguos, los corrientes y la amortizacion del capital tomado á préstamo, todo se obtiene, quedando últimamente libre la obra ó establecimiento á que el préstamo se dedicó. ¿Dada esta hipótesis, practicaria el Señor Bravo Murillo el empréstito? Creemos que sí, y si nos dijese

lo contrario nosotros le diríamos, ¿pues á qué base subordinábais la empresa del Canal de Isabel II, y la empresa de construir por cuenta del Estado nada menos que todas las líneas generales de ferro-carriles?

¿A qué principios sino á los que nosotros profesamos obedecen las diarias empresas de la industria y del comercio? ¿A qué principios sino á estos corresponde la ejecucion de esa empresa de comunicacion que ha de fecundar las comarcas del Oeste de España? ¿Están fundados por ventura sobre otra base que sobre el producto de rendimientos futuros esos intereses que perciben los accionistas y los portadores de obligaciones cuando todavía la explotacion no tiene lugar?

Vendrá el momento de explicar el pensamiento que ha dominado á nuestra administracion, y entonces probaremos mas concretamente lo que han sido en nuestras manos los empréstitos, no enmascarados como los juzga el autor del folleto, sino anunciados paladinamente al reclamar de las Cortes las aplicaciones de los recursos de la desamortizacion.

V.

Llevados por la exposicion de nuestras ideas de crédito, nos hemos salido del orden en que veníamos tratando puntos concretos del folleto á propósito de los certificados de cupones. Prosigamos, pues, esta tarea que reduciremos cuanto nos sea posible.

Echa de menos el autor del folleto que al aparecer la consulta de los letrados sobre las cuestiones que les sometiera Mr. Powles, no hubiera el gobierno oído el parecer de otros ocho jurisconsultos, que de seguro, á juicio del Sr. Don Juan Bravo Murillo, habrían demostrado la improcedencia é injusticia de aquellas.

Creemos que al formularse este cargo se incurre en una concesion nada discreta. ¿Qué personalidad podia reconocer el gobierno en Mr. Powles, ni en el Comité, ni en todos los

tenedores de certificados juntos para acoger sus reclamaciones, sometiéndolas á informe de letrados, y concederles una importancia que nunca debía dárselos? Ninguna. El autor del folleto, al contestar un cargo de los letrados por no haber devuelto la protesta de 1851, dice: «que se recibió por no desairar al representante del gobierno británico;» ó lo que es lo mismo, que sin la necesidad de guardar esta cortesía habria rechazado aquella inmediatamente.

¿Pues cómo se nos reconviene porque las gestiones posteriores de Mr. Powles y del Comité, dimanacion de la protesta de que ni siquiera era dado oír hablar al gobierno, hayan quedado sin el curso de la informacion que se echa de menos?

Lo hemos manifestado anteriormente. Para nosotros en la esfera del gobierno, eran una ficcion el Comité y sus pretensiones, de las que no podíamos hacernos cargo por ninguna clase de consideraciones.

Aceptando la discusion á que ese cargo del folleto nos conduce, vemos sin embargo toda la trascendencia y peligros de haber realizado la consulta que se cree hubiera convenido promover por parte del gobierno.

Suponemos que el autor del folleto no exigiria del gobierno la especie de cábala que resultaria consultando opiniones de letrados, cuyo parecer fuera previamente conocido como adverso á las reclamaciones de los tenedores de certificados.

Suponemos tambien que en el ánimo del autor del folleto no habrá estado el dudar de que los letrados, por la dignidad de su ministerio y los sentimientos de su conciencia, caso de tener opiniones favorables á los certificados, fueran á dar otras distintas para servir á la causa del Estado.

Pues bien, partiendo de la imparcial posicion de los letrados y del decoroso proceder del gobierno de no pesar sobre su conciencia, ¿en qué situacion nos habríamos colocado si los otros ocho jurisconsultos hubieran venido á formular un dictamen conforme al de sus otros ocho compañeros? ¿Cuál habria sido la conducta del gobierno en la hipótesis que indi-

camos, cuando letrados á quienes él consultase le dijeran que eran procedentes las reclamaciones de Mr. Powles, el Comité de Lóndres y los tenedores de certificados?

No podemos deducir que esta indicacion del Sr. Bravo Murillo sea efecto de otra cosa que de la creencia, que él por sus propias convicciones abriga en este asunto, y que le lleva al extremo de esperar que todos los demás han de verle necesariamente con su mismo criterio.

Todavía, sin convenir los nuevos letrados con la opinion de sus compañeros, podian decir: los certificados de cupones no son títulos para reclamar del Estado ningun derecho. Consumado el cange de los cupones por las láminas de la deuda diferida, al cambio ó en la proporcion que designó la ley de 1.º de agosto de 1851, ni hay derechos ni obligaciones para abonar nada mas que aquello que ya fue abonado. Pero si despues de aquel acto los antiguos portadores de cupones, examinando mejor los efectos de la conversion que aceptaron, han tenido ocasion para ver que sus créditos no han sido atendidos en el orden de preferencia que les correspondiera, y prueban que créditos, que no pueden tener tanta prelacion ni respeto, se han pagado en formas mas beneficiosas para sus dueños; que los actos del gobierno en época anterior han reconocido para el pago de cupones, tambien vencidos, condiciones muy diferentes de las que hoy se han dictado, parece que el gobierno está en el caso de hacer que una nueva ley corrija aquello que la anterior hizo en contra de la justicia distributiva.

Si tal hubiera sido el parecer de los letrados consultados por el gobierno, ¿qué habria hecho éste?

Naturalmente examinar la fuerza de aquella conclusion, y habria visto que los intereses de la Deuda pública por las rentas del 3 y del 4 por 100 desde 1.º de octubre de 1841 á fin de 1844, eran un capítulo de los presupuestos del Estado: que si desde 1.º de enero de 1845 no se incluyeron, fue porque la ley de presupuestos de aquel año comprendia el pensamiento de un arreglo de la Deuda, para cuya ejecucion se

concedia autorizacion al gobierno, el cual debió en un orden regular haberle verificado inmediatamente: hubiese visto que las obligaciones de aquellos mismos presupuestos no satisficidas, y que constituian otros capítulos, se habian pagado en una deuda especial de 3 por 100 con amortizacion, ó en 3 por 100 consolidado á la par; que los daños causados por las facciones se habian pagado tambien en deuda diferida á la par; que créditos que arrancaban de los primeros años del presente siglo, como las presas inglesas, se pagaban igualmente en deuda diferida á la par.

En este terreno la cuestion, no hubiera podido establecer el gobierno la resolucion del asunto en el círculo en que el autor del folleto la coloca, tratando de probar que el abono concedido á los cupones es proporcional ó mas bien ventajoso al que se hiciera por los capitales del 4 y 5 por 100 consolidado.

No podemos convenir en esta opinion del Sr. Bravo Murillo. Los capitales de una deuda perpétua pueden experimentar por diferentes títulos reducciones en el rédito con que primitivamente fueron impuestas: por conversiones ó por operaciones de otra naturaleza, esas reducciones de rédito para lo futuro se han hecho en todas partes, sin que por ello se causase violencia al derecho de los acreedores. Son los efectos de un nuevo contrato.

Lo que no se ha efectuado es reducir el valor nominal de los réditos devengados, que es propiamente la única deuda que nace de los capitales prestados á perpetuidad.

El arreglo de 1851 establecia una reduccion del rédito de 5 por 100 en los capitales que lo devengaban al 3 por 100 diferido, y en las de la deuda del 4 por 100 á 2 $\frac{2}{3}$ por 100. Para no constituir diversidad de tipos se fundieron en una sola clase ambas deudas, y por la proporcionalidad que la reduccion del 5 por 100 á 3 y del 4 por 100 á 2 $\frac{2}{3}$ llevaba á los capitales, se estableció la correspondencia en estos para la conversion en deuda diferida, dando 100 por 100 á los del 5 por 100 y 80 por 100 á los del 4 por 100.

¿ Por qué razon el capital de los cupones vencidos se reducía á la mitad, ó por qué razon al capital nominal se intentó reconocerle un rédito de $1\frac{1}{2}$ por 100? Desde luego se puede decir, que no teniendo ese capital previamente un rédito estipulado, no podia asimilársele á ninguna proporcionalidad de reduccion con capitales que, como los del 4 y 5 por 100, tenían interés.

Pero no prosigamos manifestando los varios aspectos en que, á diferencia del Sr. D. Juan Bravo Murillo, hubieran podido los letrados tratar la cuestion, poniendo al gobierno en una situacion dificil al frente del Comité de Lóndres y sus representados, en el hecho de abrir un debate en las esferas de la administracion sobre sus réclamaciones, que nosotros hemos considerado como una ficcion.

La contienda, cualquiera que fuese el parecer de los letrados, seguirá desgraciadamente en pie, y no debemos desconocer que nos ocasiona graves perjuicios, cada vez mas sensibles á medida que el tiempo trascurra. No caben gestiones diplomáticas para abrir los mercados. La Bolsa de Lóndres no es un establecimiento sujeto á ordenanzas ni reglamentos que emanen del poder, y por lo tanto, aun en la hipótesis del mas propicio deseo en el gobierno británico, nada conseguiremos por este camino.

Aquel es un mercado donde las cotizaciones bursátiles se hacen con independencia oficial, y parece que en el régimen de la libertad, si unos negociantes no quisieran valores de España, otros los recibirian; pero la esperiencia de 13 años prueba que eso no sucede, y recientemente se han tocado los efectos del estado del mercado inglés cuando el Banco de España hizo una negociacion sobre valores de su emision con las casas mas respetables de Inglaterra. Si hubieran podido deshacer el trato, lo habrian hecho. Tal era la contrariedad en que se pusieron con el espíritu de la plaza.

La verdad es que el conflicto actual se habria evitado si á tiempo en 1851, publicada la ley de arreglo de la Deuda, al advertirse las quejas y pretensiones de los acreedores por

cupones, el gobierno en vez de llevar á efecto las operaciones de la conversion en esta parte, las hubiere suspendido hasta cesar las gestiones de aquellos y obtener de los mismos las seguridades de una completa renuncia á toda reclamacion, y caso de no haberlo alcanzado, dar cuenta á las Córtes de los resultados que en esta parte ofrecia el arreglo, para que ellas en su sabiduría hubieran resuelto lo mas conveniente á los intereses públicos. Esto habria sido lo procedente. Esto lo natural en tales casos. Esto es lo que habria practicado cualquiera que, partiendo de un concepto en los preliminares de un contrato, en el curso de ejecucion se encontrase de la otra parte dificultades y observaciones para eludirle. Eso habria sido lo mejor, y no estaríamos hoy en el estado difícil en que nos ha colocado aquella imprevision.

VI.

El sentido de lo que hemos espuesto sobre la cuestion de los certificados de cupones, es que la nacion no puede ni debe reconocer ese papel que carece de valor y autenticidad legal como crédito contra el Estado; que si la opinion general y unánime por otras consideraciones lo creyese oportuno, debe hacerse algo para poner término al presente estado de cosas.

Que nuestras ideas sobre las relaciones del Estado con sus acreedores, son las de que consideraciones de un carácter singular y altas miras de orden público, constituyen la norma á que deben ajustarse.

Que diferimos del Sr. D. Juan Bravo Murillo en las apreciaciones de crédito público que resultan de su folleto.

Que la idea de someter el gobierno á consulta de letrados las reclamaciones de portadores de certificados no podia causar mas que complicaciones, y dar á aquellas un aspecto y valor que nunca les hemos reconocido.

Y por último, que el conflicto presente se habria evitado procediendo en 1851, cuando todavía la conversion no estaba

consumada, con una prevision que desgraciadamente no se tuvo.

Bosquejo retrospectivo de la Hacienda pública hasta el advenimiento de la administracion de los cinco años.

I.

Necesario es que antes de esponer los actos, y su trascendencia para lo futuro, de una administracion á que quieren referirse errores y complicaciones de que está muy distante, digamos en breves palabras lo que venia siendo la Hacienda del país, desde que á la conclusion de la guerra civil, á favor tambien de las grandes reformas consumadas en el orden político y económico, fue dado entrar á los gobiernos en una senda de mejoras y de organizacion que permitieran un dia traer los recursos y las obligaciones del país al punto de completo equilibrio, que es sin duda el término deseado por todos.

Durante el periodo de aquella guerra larga y sangrienta, difícil era, y aún mas, imposible, que el gobierno pudiera hacer nada para sacar á la nacion del estado estrecho y pobre á que el antiguo régimen político la habia traído. No hay que esforzarse mucho para convencer á nuestros lectores de que la Hacienda pública durante el reinado del Sr. D. Fernando VII, fuera de ciertas disposiciones de un orden reglamentario que merecen aprobacion de las personas versadas en la administracion de las rentas, fue una continua combinacion de expedientes para conllevaer necesidades escesivamente superiores á los medios del Tesoro, y espectáculo lamentable de descuido y abandono de todo cuanto pudiera promover el progreso de los intereses materiales del país, su instruccion y el levanta-

miento de las fuerzas de la nacion para hacerla representar en el mundo el papel que le correspondia.

Sorprendida la monarquía absoluta con la pérdida de las grandes colonias que España poseia, y las cuales prestaban á su Hacienda inmensos recursos, era imposible que limitada á los reducidos de unas contribuciones y rentas que habian de salir de la pobreza misma de la Península, pudiera atenderse con ellas á todo lo que exigia un Estado, sobre el cual pesaban las obligaciones contraidas en tiempos de otra prosperidad y grandeza.

Habria sido necesario para conseguir en parte la atenuacion de los males que la independencia de las colonias trajera sobre la metrópoli, que el régimen político hubiera permitido buscar en el concurso de las asambleas nacionales los medios correspondientes, únicos poderes que prestan á los gobiernos los recursos para dominar sus dificultades económicas.

Pero no cabia en las miras políticas de la monarquía semejante apoyo, y tuvo que atravesar su existencia con exiguas rentas y con el arbitraje de continuos y repetidos empréstitos.

II.

Al advenimiento del reinado de Doña Isabel II, aquella situacion vino á complicarse mas por los disturbios y los desastres de la guerra civil, que por siete años desolaron la Península. Ese período no era á propósito para intentar la organizacion de la Hacienda. Bastante se hacia en combinar, á fuerza de ingenio, las operaciones propias de las circunstancias, y acudir al sostenimiento de cargas pesadísimas, aun en un estado de holgura y de mayores recursos.

Con todo: en ese período, si no se adoptan grandes planes de organizacion, se echan los cimientos para poder un dia levantar, no el edificio de la bancarrota, como hoy lo ve dibujado el Sr. D. Juan Bravo Murillo, sino el establecimiento fir-

me de nuestra restauracion económica. La abolicion del diezmo, si no definitivamente decretada, preparada al menos, la desamortizacion civil y eclesiástica consumada en gran parte, tales fueron las dos cardinales reformas iniciadas, y despues concluidas, sin las cuales de seguro no habria sido posible organizar en 1845, ni desenvolver despues, los grandes impuestos que han venido á alimentar todas las necesidades del Estado.

III.

Terminada la guerra civil, en el breve período de la Regencia, la abolicion del diezmo queda consumada; comienza la de la amortizacion de los bienes del clero secular; y aunque en lo demás no sean de notar grandes medidas financieras, que tampoco permitia el estado de los tiempos, agitados por constantes sacudimientos de la revolucion, las cosas van adelantando para hacer menos difícil, en los dias que la paz pública lo consintiera, lo que de otra suerte se habria entonces ejecutado.

Privado el gobierno durante la guerra civil de elementos para obtener, por operaciones de crédito sobre títulos de la Deuda consolidada, los grandes recursos que las necesidades públicas pedian á todas horas, hubieron los ministros de ejercitar los que el uso de la deuda flotante proporcionaba, y acumulados en gran parte todos los descubiertos anteriores sobre el Tesoro, agobiado con multitud de giros y valores, cuya renovacion costosa era negocio de todas horas, en 1844 fue necesario recurrir á una consolidacion forzosa de todos aquellos valores, cuya medida en el fondo siempre hemos aplaudido como acto de gran iniciativa, pero cuya forma, acaso porque no estamos en situacion de apreciar las circunstancias de actualidad que la aconsejaron, no estimamos de tanto acierto y conveniencia.

Desahogando con ella el Tesoro, los negocios pudieron

llevarse con menos dificultad, los servicios fueron atendidos con mas esmero; y aprovechando la gran base que la abolición del diezmo y la desamortización hasta entonces practicadas ofrecían al gobierno para llevar á los impuestos la reforma, que sin aquella hemos dicho ser imposible, se organizó una combinación que, si al principio no fue tan fructuosa como correspondía á las obligaciones de entonces, hacia esperar con el trascurso de algunos años, ingresos en el Tesoro bastantes á hacer frente á sus atenciones.

El período que desde aquel año á fin del de 1849 media, se atravesó con dificultades que en parte provinieron del estado que por lo general produjeron los sacudimientos revolucionarios en el interior, donde volvió á encenderse la guerra civil, y mas principalmente de la perturbación universal que produjo la revolución de 1848 en la nación vecina.

A pesar de todo, en ese período se indican ya y son objeto de proyectos de ley medidas que tienden á una liquidación general de las deudas del Estado y á su arreglo, á organizar la contabilidad pública acomodándola á las condiciones del régimen parlamentario, á completar en toda su generalidad la desamortización civil y eclesiástica, en una palabra, á realizar mucho de lo que despues ha tenido ejecución, y que la habria tenido tambien entonces si las complicaciones políticas hubieran dado á los gobiernos mayor estabilidad.

IV.

Estamos ya en 1850, época que se señala como el principio de nuestra reorganización financiera, y debemos explicarla con alguna extensión, porque ha de servirnos para esbozar tambien en gran parte, el pensamiento que en 1858 llevamos á las esferas del poder.

Al principiar el año de 1850, el estado de la Hacienda distaba mucho del equilibrio de los ingresos y de los gastos. Además teníamos el atraso acumulado por la suspensión del

pago de cupones de la Deuda pública al 4 y 5 por 100 desde 1.º de octubre de 1840: estaba indeterminada la categoría de una gran parte de la Deuda pública contraída antes de 1828, y por designar los medios de su amortización, así como de gran parte de la deuda de igual época relegada á condiciones de no disfrutar interés alguno.

El Tesoro tenía también sobre sí el débito de inmensas sumas por las asignaciones personales no satisfechas desde 1828, importantes saldos por atenciones y préstamos que no fueron objeto de la consolidación de 1844. Había prometidas indemnizaciones por daños que ocasionara la guerra civil, y por consecuencia de la abolición de oficios y derechos enagenados.

Teníamos también que ocurrir de algún modo al pasivo originado en las provincias que nos pertenecieron y pertenecen en Ultramar; y finalmente con los gobiernos de Francia, Inglaterra y Dinamarca nos hallábamos en deuda de considerables sumas.

Tal era el aspecto de la situación económica en 1850, é indudablemente puede asentarse que la perspectiva que ella ofreciera era á primera vista para desconfiar de todo medio de conllevarla y resolverla.

Mas para quienes conociendo lo que es la influencia de los tiempos en el desenvolvimiento de la riqueza; para quienes hubieran consagrado meditación y estudio á los efectos que en otros pueblos habían causado reformas políticas y económicas cuales las que en España se habían adoptado, y otras que todavía eran de tomar, cabían legítimas esperanzas de poder llegar á días en que toda aquella balumba de descubiertos, de diferencias en los presupuestos, de escasez para acudir á los servicios que la civilización y las ideas de la época nos piden desapareciese, pudiendo la nación entrar de lleno en la plenitud de su crédito y en los goces del bienestar y del progreso.

El programa que aquella situación indicaba era claro. Ordenar una equitativa y regular distribución de las rentas

del Tesoro segun la importancia y la urgencia de las atenciones; hacer la liquidacion de los antiguos débitos de la nacion, regularizando y ordenándolos tambien para darles participacion en el haber del Estado; cultivar la Hacienda por una esmerada administracion que cortase todo vicio de inmoralidad y fraude, y llevara la mayor economía á la explotacion de los impuestos; constituir un servicio de Tesorería que transmitiera los recursos con oportunidad y con el menor quebranto allí donde las necesidades lo indicasen, y para el momento en que los pidieran; dar forma regular al crédito del Tesoro para establecer en buenas condiciones el gran compensador de los ingresos y las salidas de las cajas, la Deuda flotante; ir modificando paulatinamente las cuotas y tarifas de los impuestos, cuyo aumento gradual seria natural por la accion misma del acrecentamiento de la riqueza; y finalmente, preparar y llevar á cabo grandes operaciones para dotar al país de vias de comunicacion de todas clases y elementos de fuerza acomodados á su importancia política, lo cual si por de pronto es pesada carga, da despues reproductivos medios de riqueza y poder.

Así concebimos en aquel tiempo la situacion, y no hemos tenido de entonces acá motivos sino de confirmarnos en el mismo juicio.

Nos parecia ver en ella una gran semejanza, si no igualdad, con la que ofrecia la Hacienda de Francia al restaurarse la monarquía despues de la catástrofe de Waterlóo; y considerábamos el método que allí se siguió, de aplicacion propia á nuestro país.

Adoptáronse en los tres años de 1850, 1851 y 1852, disposiciones en el sentido de las bases que dejamos espuestas, y en los años sucesivos los negocios se condujeron con las miras que hemos enunciado, teniendo lugar actos importantes que solo fué dado conseguir á los gobiernos que, buscando para todo el concurso del Parlamento, pudieron obtener lo que no era dado realizar á los que, por una ú otra causa, se veian precisados á obrar en la esfera estrecha del poder ministerial.

Prescindiendo de actos mas secundarios, señalaremos aquellos de primer orden que son de tomar en cuenta al hacer la reseña que vamos presentando.

Díctase la ley de contabilidad y los difíciles y complicados reglamentos que su ejecucion pedia. Adóptase otro de arreglo de las Deudas esceptuadas, las de oficios y derechos enagenados, Ultramar y las particulares á favor de Francia, Inglaterra y Dinamarca. No discutamos las formas de ese arreglo: está consumado, y solo tenemos que lamentar que no hayamos quedado en cordial inteligencia con todos los acreedores.

La distribucion de los recursos del Tesoro, en medio de su insuficiencia para la totalidad de las obligaciones, entra en condiciones de regularidad que hace para las clases, que tenían que experimentar algun aplazamiento en parte de sus haberes, mas llevadera que antes la situacion.

El servicio de la Tesoreria se hace tambien en condiciones menos onerosas que en otros tiempos, y principian á establecerse relaciones del público con el Tesoro, signo de la futura restauracion de su crédito. Se completa aquel servicio con la institucion de la Caja de Depósitos, que algun dia habria de ser el único medio de mantener una deuda flotante, bastante para atender á cuanto exigieran, así los servicios ordinarios como los estraordinarios, y á tipos de interés que parecian imposibles de lograr.

La recaudacion de los impuestos se va metodizando tambien, y los rigores del apremio hácese cada dia menos necesarios.

Principiamos, como era natural, á consagrar alguna atencion á las mejoras materiales y al engrandecimiento de las fuerzas defensivas del territorio, se piensa en fortificaciones, armamentos y en construcciones navales. Se adquieren edificios para las dependencias del Estado, se llega á intentar la traida de aguas á Madrid por un canal monumental, cuyo coste es inmenso, y el espíritu de progreso lleva al gobierno á terminar lo que el poder absoluto no alcanzó ver concluido, el Teatro Real.

Veníanse mejorando con escasos recursos las carreteras, y después de haber consumido 200 millones, que las Cortes de 1846 destinaron á este objeto, conocida la insuficiencia de tal suma para un país en que provincias de inmensa estension carecian del materialismo de trayectos que formasen una docena de kilómetros, se emprenden nuevas emisiones de valores para esta clase de trabajos.

El espíritu de mejora y de progreso nos domina de tal suerte que los ferro-carriles, poderoso medio de comunicacion y de influencia en toda la economía social, entran ya en el número de nuestras mas urgentes necesidades, y no bastando el concurso con que el Estado ofrecia ayudar á las empresas en las construcciones por la ley de 20 de febrero de 1850, llegan los propósitos y las decisiones del gobierno hasta la ejecucion por cuenta del Estado de nada menos que las grandes líneas á que se da principio adquiriendo la de Madrid á Aranjuez.

¡Mas valeroso ánimo demuestran entonces los administradores de la fortuna pública que el que hoy se percibe en sus publicaciones!

¡Entonces vivian sin duda bajo la accion de constelaciones que les infundian ideas mas halagüeñas de las que ahora se cruzan por su mente!

Creemos haber sido exactos espositores de lo que aconteció en ese periodo de 1850, 1851 y 1852, y lo que se dejaba ordenado para 1853. Consideremos, sin embargo, lo que todo aquello suponía con relacion al porvenir.

Se aceptan, por efecto del arreglo de la Deuda, obligaciones que sucesivamente habrian de inscribirse en el presupuesto en el trascurso de 19 años por 200 millones anuales. Se considera tan robusta y fuerte la situacion de que se parte, que para aligerar en lo futuro esa carga por una conversion de deudas, se anticipa y acepta como de actualidad, sin que el presupuesto ofreciera todavía sobrantes para ello, una cantidad anual de intereses que muchos consideraron con razon insostenible, porque llevadera solo por la Deuda flotante, vendria con la

acumulacion de intereses á colocar en su dia los resultados de la operacion casi en el mismo limite que se queria reducir.

Emprendidas construcciones navales por 50 millones en un año, para no hacerse completamente estériles era necesario continuarlas sucesivamente. Las carreteras, consumida como dejamos dicho la emision de valores autorizada en 1846, exigian nuevos recursos, y atendido el estado de este servicio, claro es que las sumas que debian consagrarse á él habian de ser de mucha consideracion.

No habiéndose todavía principiado, por decirlo así, la empresa del Canal de Isabel II, en su integridad quedaba para lo futuro la ejecucion de esta obra; y por último, la construccion de líneas de ferro-carriles por cuenta del Estado suponía grandes emisiones de valores públicos, cuyo rédito necesariamente habia de suponer anualidades de grandísima importancia.

Al aceptar toda esta masa de gastos públicos que eran solo de levantar con los recursos del crédito, cualquiera que fuese su forma no se contaba por cierto con el prévio sobrante de las rentas y de las contribuciones.

Las emisiones de acciones y de obligaciones del Estado para ferro-carriles y carreteras, las de valores de la Deuda flotante, para la marina, el Canal de Isabel II y otros objetos, que necesariamente habian de venir á una ulterior consolidacion en deuda perpétua, no eran mas que un puro empréstito negociado á tipos un poco gravosos.

No penetraremos por hoy en el análisis de aquellos hechos, porque haríamos esta reseña de una estension que nos llevaria muy lejos del propósito que hemos formado al iniciarla.

Pero podemos asentar como epilogo de la situacion de 1850, 51, 52 y 53, que despues de aplazar unos presupuestos, el pago de mensualidades á las clases activas y pasivas, de constituir el último un descuento en los haberes hasta el extremo de aparecer como la contribucion mas terrible que se conociera, de consagrar insignificantes créditos á la adquisi-

cion de primeras materias para la explotacion de las rentas y á servicios como el de reparacion y conservacion de caminos, puertos, telégrafos, instruccion pública y otros de esta naturaleza; consumir grandes cantidades de los valores que el Estado poseia por las antiguas ventas de bienes nacionales, de no haber hecho efectivas en los respectivos ejercicios las amortizaciones de la deuda del personal y del material, ni en totalidad los semestres de las deudas con interés, fueron saldados todos en un déficit que habria sido considerable, si las obligaciones todas y las necesidades del buen servicio público se hubieran atendido en la escala que era necesario aceptar.

V.

Hemos indicado al principiar esta publicacion, en las reflexiones generales que dejamos hechas, el aspecto que ofrecian las cosas en 1854, mas bien por la influencia de las complicaciones políticas que por las del orden puramente financiero. En aquel tiempo tambien se prosigue en la mira de dotar al pais de las grandes vias de comunicacion y en la mejora del material de guerra y marina, como una necesidad indeclinable de los pueblos. Hasta las obras de ornato entran en el programa del gobierno, y la reforma de la Puerta del Sol se emprende entonces.

Pero aquella como otras administraciones anteriores no tuvieron presente que todo puede hacerse en el gobierno del Estado, prescindiendo, si fuese permitido, del concurso de las Cortes, menos resolver con éxito las grandes combinaciones de Hacienda, necesarias en primer lugar para intentar los adelantamientos por que todos suspiramos. Tal olvido fue el escollo de la administración de 1850 á fin de 1852. No era posible emprender construcciones de carreteras y ferro-carriles con emisiones de papel que llevaban en sí el defecto capital de no contar con el voto de las Cortes, lo cual las hacia mo-

neda sin curso que tenia que quedar en las cajas del Tesoro sin aplicacion posible, ó cuya negociacion imponia descuentos tan fuertes, que hacian de costosísimo precio para el Estado los servicios pagaderos por ese medio.

La revolucion de julio de 1854 vino á cambiar en parte la marcha de los negocios, y aquí debemos tributar á los hombres que tomaron en medio de aquel suceso la direccion del gobierno, el testimonio de una mencion justa por el patriotismo y el acierto con que inmediatamente dominaron los efectos de tal sacudimiento.

Trastornados por las Juntas populares todos los servicios; abolido por ellas el impuesto de los consumos; en una atmósfera de recelo y desconfianza sobre el estado del Tesoro, todo cuanto puede hacer financieramente grave y difícil una situacion, todo fue dominado sin otros procedimientos que los del orden y la confianza que, en medio de tal confusion, supo inspirar el digno Ministro de Hacienda D. José Manuel Collado.

Otro habria sido el éxito de aquella situacion política, que contaba con la fuerza que siempre comunican acontecimientos tan grandes, si menos obcecadas las Cortes en sus preocupaciones contra la contribucion de consumos, la hubieran mantenido y no hubiesen hecho temer profundos cambios en la constitucion rentística del pais, causa principal del recelo en que los capitales entraron, de la gran baja que experimentaron los valores públicos, afectados además por la depresion que en todos los mercados ocasionaba la guerra de Crimea.

Mas á pesar de todo, las Cortes constituyentes no escasearon recursos de otra clase al Tesoro, y el voto para la emision de 500 millones efectivos en renta al 3 por 100; el subsidio extraordinario del préstamo forzoso de 230 millones; los aumentos en las cuotas de las contribuciones territorial é industrial, con los demás medios que se desprendian de las leyes de desamortizacion; el allanamiento de las cuestiones suscitadas para la construccion de ferro-carriles; el voto de 1000 millones para carreteras, y otros fondos para material de

guerra, todo formaba un conjunto de elementos, que bien ordenados, bastarian para realizar en gran parte las mas importantes soluciones que exigiera el desenvolvimiento de la Hacienda pública.

VII.

En el mes de setiembre de 1856 y con ocasion de la cuestion suscitada en el seno del gobierno sobre la suspension de la venta de bienes del Clero secular, tuvimos la honra, sin merecimientos nuestros para ello, de ser llamados al Consejo de la Corona, y lo aceptamos en la confianza de obtener, como despues lo conseguimos, la desamortizacion eclesiástica con el prévio concurso de la Santa Sede.

Permanecemos pocos dias en el Ministerio: nada pudimos hacer; pero estamos en el caso de consignar aquí que enmedio de tener el Tesoro todavía en cartera la mayor parte de la emision de renta al 3 por 100 autorizada por las Córtes constituyentes, no cruzó por nosotros la idea, ni sentimos tampoco la necesidad de hacer sobre aquella una negociacion próxima como la que á los pocos meses tuvo lugar: entraba en nuestro pensamiento, y se habia preparado el correspondiente proyecto de Real decreto, el restablecer el impuesto de consumos, tal como despues se hizo, manteniendo en pié los aumentos que las Córtes constituyentes hicieron en el cupo de la contribucion territorial y tarifas de la industrial y de comercio.

VIII.

El Ministerio que nos sucedió, obedeciendo á otras miras políticas, suspendió en todas sus partes las leyes de desamortizacion; restableció el impuesto de consumos; mantuvo el territorial y el industrial y de comercio en los límites en que

las Cortes constituyentes lo fijaran: estinguió por completo el descuento á que los sueldos y asignaciones personales venian sujetas, y el que para Monte Pio esperimentaban tambien las militares; y usando de la autorizacion para negociar títulos al 3 por 100 hasta producir 300 millones efectivos, consagró una parte á resolver desde su punto de vista la crisis de subsistencia, atender á gastos del ejercicio de 1856 y dotar con el resto el presupuesto de 1857.

Pasamos por alto el examen de estas operaciones, deseos de llegar al punto principal que constituye el objeto de esta publicacion, é igualmente que sobre los actos de las administraciones de 1857 y primer semestre de 1858, la cual planteó por autorizacion legislativa el presupuesto del año, levantando el impuesto territorial á 400 millones de reales, haciendo figurar en él los recursos de la desamortizacion por las ventas efectuadas, y consignando ya la iniciacion de nuestro pensamiento sobre la aplicacion al Tesoro público de los productos de las ventas de bienes desamortizados á cambio de efectos de la deuda del Estado.

IX.

Dejamos indicada rápidamente la marcha que la administracion de la Hacienda pública habia seguido durante un largo período, y ella indica que la mira de todos los gobiernos tendia á conseguir un gran desarrollo en los intereses materiales, necesario para acrecentar la materia imponible, y recojer con sobra por medio del impuesto los dispendios que exigiera el fomento de la riqueza general. Los gastos que se consagran á este objeto son para la Hacienda del Estado lo que para la del agricultor el riego y los abonos.

Nos falta esponer el resultado final de los presupuestos desde 1850 á fin de 1858 en la concisa sinopsis siguiente:

	INGRESOS.	GASTOS.	DEFICITS.	SOBRANTES.
Por resultas de los presupuestos que rigieron hasta el fin de 1849.....	299.931.701	408.141.417	108.209.716	»
Por el ejercicio de 1850.....	1.272.219.996	1.282.178.807	9.958.811	»
Id. de 1851.....	1.257.420.371	1.397.159.284	139.738.913	»
Id. de 1852.....	1.349.113.860	1.402.635.826	53.521.966	»
Id. de 1853.....	1.403.970.097	1.430.776.357	26.806.260	»
Id. de 1854.....	1.456.778.105	1.465.750.539	8.972.434	»
Id. de 1855.....	1.491.494.917	1.452.404.735	»	39.093.182
Id. de 1856.....	1.836.718.267	1.827.485.102	»	9.233.165
Id. de 1857.....	1.978.819.175	1.979.455.493	636.318	»
Id. de 1858.....	1.869.213.598	1.984.279.796	115.066.198	»
			<u>462.910.616</u>	<u>48.326.347</u>

Liquido déficit..... 414.584.269
Mas déficit por la reforma de la Puerta del Sol..... 45.000.000

459.584.269

Pero todavía corresponde explicar, para comprender bien lo que fueron esos presupuestos, los varios recursos de un orden especial que entraron como elementos muy esenciales de su dotacion, que si bien por un lado son menos valor del déficit que arrojaron, por otro espresan bien á dónde habria llegado el déficit si las atenciones se hubieran cubierto sin aplazamientos ó sin descuentos; si los recursos de la desamortizacion y el producto de emisiones de renta consolidada, el fondo de sustitucion del servicio militar y otros medios no hubieran entrado en cuenta para acudir á obligaciones que nosotros hemos procurado atender con el producto de las contribuciones, rentas y recursos permanentes.

ESPICACION de los recursos extraordinarios y aplazamiento de obligaciones, sin lo cual hubieran aumentado los déficits de presupuestos en las sumas siguientes:

1850.

Reales vellon.

Por mesadas descontadas á las clases activas y pasivas.....
 Por obligaciones realizadas de compradores de bienes del clero....
 Por producto de la negociacion extraordinaria de obligaciones de
 compradores de bienes de la Orden de San Juan.....

75.296.854
 3.397.686
 13.194.539

91.889.079

69

1851.

Por mesadas descontadas á las clases activas y pasivas.....
 Por obligaciones realizadas de compradores de bienes del Clero...
 Por negociacion extraordinaria de obligaciones de compradores de
 bienes de la Orden de San Juan.....

75.296.854
 16.805.030
 16.891.308

108.993.192

200.882.271

1852.

Reales vellon.

Suma anterior.....

Realizado por el descuento gradual impuesto sobre los sueldos.....
 Por obligaciones de compradores de bienes del clero secular y
 equivalencia de ventas hechas á papel de la deuda.....

31.698.202

19.662.286

51.360.488

1853.

Ingresado por descuento gradual de sueldos.....
 Id. por obligaciones de compradores de bienes del clero secular, y
 equivalencias en metálico de ventas hechas á papel.....
 Id. por venta de acciones de carreteras.....
 Id. por venta de títulos del 3 por 100 que poseía el Tesoro.....

30.070.659

17.713.718

3.175.357

3.352.232

56.311.966

308.554.725

1854.

Reales vellon.
308.554.725

Suma anterior.....

Ingresado por descuento gradual de sueldos.....
Id. por obligaciones de bienes del clero y equivalencias en metálico de ventas hechas á papel.....
Id. por sustitucion del servicio militar.
Id. por el préstamo forzoso decretado en 1.º de mayo.....

29.457.894
16.028.480
34.000.000
49.516.468

129.002.842

71

1855.

Ingresado por descuento gradual de sueldos.....
Id. por equivalencia en metálico de ventas hechas á papel.....
Por el préstamo forzoso de 230 millones.....
Por negociacion de obligaciones de compradores de bienes nacionales de años sucesivos.....
Por las del vencimiento del año corriente.....
Por negociacion de acreedores de obras públicas.....

44.079.151
2.039.410
231.221.525
65.000.000
13.638.775
118.000

356.096.861

793.654.428

Reales vellón.

793.654.428

Suma anterior.....**1856.**

Ingresado por descuento de sueldos.....
 Por equivalencia en metálico de ventas hechas á papel.....
 Negociacion de títulos del 3 por 100 realizada en 31 de mayo.....
 Id. de acciones de obras públicas.....
 Por el primer plazo de la negociacion de títulos realizada en diciembre del empréstito Mirés.....
 Id. por resultas de anticipo de 230 millones.....

43.332.329
 2.325.763
 200.000.276
 26.439.500
 60.000.000
 800.122

332.897.990

1857.

Ingresado por descuento de sueldos (enero y febrero).....
 Por la negociacion de títulos, resto del empréstito Mirés.....
 Fondo de la sustitucion del servicio militar.....
 Por equivalencias á metálico de ventas antiguas de bienes nacionales.....

7.578.791
 240.000.000
 52.876.085
 2.797.123

303.251.999

1.429.804.417

Suma anterior..... 1.429.804.417

1858.

Ingresado por negociacion de acciones de obras públicas.....
 Id. por sustitucion del servicio militar.....
 Id. por equivalencia á metálico de antiguas ventas á papel de bienes
 nacionales.....

58.800.061
 34.643.918
 2.396.392

95.840.371

Total de todos estos recursos desde 1850 á 1858.....

1.525.644.788

Déficits que resultaron en la liquidacion de los mismos ejercicios, comprendidas las
 obras de la Puerta del Sol, á pesar de aquellos recursos extraordinarios.....

459.584.269

Total.....

1.985.299.057

La suma de los déficits de los presupuestos de 1850 á 1858 y la de los recursos de un caracter especial, que despues no han figurado en los ejercicios posteriores, ofrecen un resultado de 1.985.229.057 reales; y aunque se quiera deducir de estas cantidades algo de lo que representen servicios atendidos con aquellas, que en los presupuestos de los cinco años han figurado en el presupuesto estraordinario, el resto llevaria de seguro á mas de 1.600 millones de reales la diferencia en que se habrian saldado los presupuestos de aquellos ocho años por razon de los servicios que nosotros hemos considerado con el caracter puramente ordinario.

ADMINISTRACION DE LOS CINCO AÑOS.



I.

Llegamos al punto deseado de nuestra publicacion, y sentimos el tener que hacer la apologia de actos que nos pertenecen. El público nos dispensará lo que en ello haya de inmodesto, pero nadie como uno mismo puede dar cuenta satisfactoria de lo que por su iniciativa se realizó en tan largo período administrativo.

Es de nuestro deber consignar una declaracion necesaria. El manejo de la Hacienda constituye una especialidad que releva á los demás miembros del gobierno de aquella responsabilidad que en otros asuntos alcanza á la colectividad de los Ministerios. Por nuestra parte hemos disfrutado una plenísima confianza de nuestros dignísimos compañeros, y jamás hemos hallado en ellos el menor óbice á cuanto creimos conveniente proponer y hacer.

Somos deudores á los Cuerpos legislativos de la acogida mas benévola que ministro puede obtener de aquellos; y si censura y responsabilidad es de imputarse á nuestra administracion, de nadie mas que de nosotros mismos es aquella.

II.

Cuando por tercera vez en julio de 1858, fuimos llamados por la confianza de nuestra augusta Soberana al Ministerio de Hacienda, abrigábamos aquella conviccion, que dejamos espuesta, de que la accion del tiempo, los cuidados de una Ad-

ministracion celosa y un espíritu de expansion para promover la ejecucion de las grandes obras públicas habia de conducir la Hacienda del Estado á situacion de dominar todas las dificultades.

Veíamos el progreso de las rentas del Tesoro gradual y sucesivo todos los años venir desde aquel presupuesto de 1850, cuyos recursos, aun comprendiendo los de un caracter transitorio y accidental, ascendian á 1.272.000.000 reales, hasta un rendimiento de 1.869.000.000 reales que ya ofreció el presupuesto de 1858.

Veíamos realizarse la recaudacion de los impuestos cada dia con menos coerciones fiscales y reclamacion de los contribuyentes.

Veíamos comprendidos en los presupuestos de gastos la mayor parte de los créditos que la liquidacion de las antiguas deudas nos habia impuesto, y atendidos con mas largueza servicios ineludibles para toda buena administracion.

Veíamos en una palabra realizado el equilibrio de los recursos permanentes y de aquellos gastos que por su constante necesidad se han clasificado en el lenguaje de la Hacienda como ordinarios.

El crédito del Tesoro se habia mejorado hasta el punto de ser demandados sus giros por la Banca con igual confianza que los de particulares, y negociábanse los valores flotantes al tipo de 74 por 100, bien distante por cierto de aquellos descuentos que recordamos con tristeza. Todavía podian conseguirse en este punto mejores resultados.

Era de necesidad llevar á cabo la desamortizacion general, objeto de leyes, suspensas solo mientras se obtuviera el acuerdo de las potestades que debian intervenir en su ejecucion.

Infinitas concesiones de caminos de hierro acordadas por las Córtes, para cuya subvencion se habian votado inmensas cantidades, reclamaban medios y forma de hacerlas efectivas.

Consideramos que la ejecucion de esas líneas, sin enlazarse con carreteras ordinarias de todos órdenes, eran estéril

empresa, mas infecunda si á los puertos no se dedicaban mejoras que completaran un pensamiento de fomento general.

Se observaba que á pesar de los mayores recursos que de año en año se venian consagrandó á la marina y al material de guerra, nuestra pobreza era tal que carecíamos de lo mas indispensable, aun resignando á la nacion á vivir apartada de todo contacto y participacion en las graves y complicadas cuestiones de la política exterior.

En una palabra, teníamos la conviccion de que no era bastante pensar en nuestras necesidades ordinarias, sino que habia urgencia de impulsar los grandes establecimientos del Estado en todos sus ramos.

III.

La dificultad consistia en la manera de llevarlo á cabo por medio de un plan de recursos préviamente establecido.

Sabíamos, y lo dijimos en su tiempo, que no podian salir aquellos del impuesto: no tiene una generacion rentas para realizar tales empresas. Son necesarias las fuerzas de muchas eslabonadas por los procedimientos del crédito; y habiendo de recurrir á ellos, ningunos mas seguros y eficaces que los que presentaba la desamortizacion general.

¿Dónde podian encontrarse de otro modo ni las cantidades ni las condiciones de tan vasta operacion de crédito? A la Europa no era dado reclamarle nada, primero por la situacion de nuestras relaciones en los mercados ingleses y otros del continente; y segundo porque la demanda que harian las empresas concesionarias de ferro-carriles era mas que suficiente para apurar los fondos que los mercados mostrasen.

En el interior no podíamos aspirar á la colocacion de la masa de títulos que habian de negociarse.

Además no debíamos cerrar una operacion total á los cambios bajos á que la renta se encontraba entonces, y teniendo

que disponer de los fondos en el espacio de muchos años, no podíamos renunciar á las mejoras que el crédito obtuviese.

Siendo conveniente para la estimacion de los fondos públicos que la mayor parte se coloque en manos de rentistas y en títulos que no afluayan á la plaza, ¿qué mejores titulares que las Corporaciones? Debiendo estas trasformar su propiedad territorial, ¿qué empleo habrian de dar á sus capitales mas permanente, mas consolidado que la renta pública?

Si en otro tiempo emitíamos acciones de carreteras para la construccion de estos caminos, y operábamos sobre la deuda flotante para las navales, el material de guerra y otras empresas, operaciones que tendrian que resolverse en una conversion en deuda consolidada, ¿qué inconveniente ni diferencia habia en el fondo entre aquello y emitir títulos al 3 por 100 como nosotros concebíamos?

IV.

A la ejecucion de estas ideas que nos animaban en 1858 consagramos los primeros proyectos que tuvimos la honra de someter á las Córtes.

Formamos el presupuesto del Estado para 1859, y lo calcamos esclusivamente sobre los recursos que exigian los servicios normales y constantes, y podian producir las rentas, contribuciones y derechos de un caracter permanente, eliminando todo ingreso que no hubiera de ser subsistente, lo mismo para aquel que para los sucesivos presupuestos.

Agrupamos en segundo término en un cuadro general los recursos extraordinarios que la desamortizacion proporcionaba con aplicacion á las obras públicas y á las grandes construcciones del material, derivándolo todo de una ley que al mismo tiempo presentamos á las Córtes, en la cual se abrian créditos con ese objeto por 2.000 millones de reales, ampliados despues á mayores sumas.

Fijado el destino de los productos de la desamortizacion,

dábanse á los pueblos y á las corporaciones en equivalencia títulos de la renta al 3 por 100, al cambio del vencimiento de las obligaciones de los compradores de los bienes, de modo que la emision y sus gravámenes se difirieran por la duracion misma de los plazos en que las ventas habrian de ser cobradas.

Para acudir por último al pago de subvenciones otorgadas á las líneas de ferro-carriles ascendentes á mas de 1.500 millones, propusimos la creacion de valores, cuya negociacion y aplicacion pudieran acomodarse á la compleja y variada forma en que las subvenciones se habian concedido.

Todo este pensamiento se reasumia en una fórmula: Acudir á los gastos ordinarios; emprender una gran campaña de obras públicas y constituir el presupuesto de las rentas del Estado para que en lo futuro su importe permitiera satisfacer á la inscripcion necesaria de los créditos que todavía exigiera el arreglo de la deuda de 1851; á la de los réditos que gradual y anualmente correspondian á las emisiones de títulos á favor de las corporaciones en equivalencia de sus bienes desamortizados; á la de las obligaciones por subvencion de los ferro-carriles; y á la de aquellos otros que el mejor servicio ordinario pidiera anualmente por la sucesiva manifestacion de las necesidades del gobierno y de la administracion pública.

La prueba de la exactitud de tal fórmula se hallaria en la suficiencia ó insuficiencia de los recursos del Estado en igualdad con lo que representarían todas aquellas obligaciones.

V.

Espuesta de una manera general la mira de nuestros propósitos, veamos prácticamente si las cosas se han conducido para alcanzar aquellos resultados.

Desde 1845, en que la reforma de los impuestos habia sido adoptada sin que entonces tuvieran amplia representacion

las ideas que en contrario pudieran ostentar los diferentes partidos políticos que se agitan en nuestro país, nunca el organismo de las rentas y contribuciones había sido asunto de especiales y detenidas impugnaciones en el seno de las asambleas nacionales.

Sucesivamente los presupuestos habían pasado por la li-jera prueba de debates en que mas que el espíritu económico había dominado el interés de la política, como quiera que los presupuestos se planteaban por meras leyes de autorizacion, cuando se contaba con las Córtes.

Debatido un año y otro aquel organismo, lo hemos conservado íntegro en las bases primitivas, y hemos conseguido reforzarle además con cuanto creímos necesario.

No capitulamos con las críticas de ninguna escuela, y á la luz de contradicciones doctrinales probamos uno y otro día la razon científica en que descansaba la constitucion tributaria del país.

Esos administradores que hoy aparecen como nuestros críticos, ¿habrían sacado incólume el sistema de los impuestos despues de tantas contradicciones? ¿Se hubieran mantenido durante cinco años en la brecha de la tribuna sin perder ni un solo real de lo que formaba la renta del Estado, acreciéndola todos los días, ya con reformas en la contribucion de consumos, ya con modificaciones en la del subsidio, en el papel sellado; trayendo á contribucion la trasmision de los bienes muebles, obteniendo por ferro-carriles rendimientos de alguna importancia hasta formar un total de ingresos de 2.134.000.000 rs.?

No lo sabemos; pero en su período escusaron con diferentes motivos el juicio y la intervencion de las Cámaras, y sin duda por falta de conciencia sobre aquello mismo que tenían á su cargo, cedían á la impugnacion de la crítica y entregaban al examen los grandes monopolios del tabaco y de la sal, rentas fundamentales para la vida del Estado, esponiéndolas á lo que ya ocurrió por la época de 1820 á 1823.

En nuestras manos las rentas no han sufrido decadencia:

las recibimos en la importancia de 1.862.000.000 rs., las entregamos aumentadas hasta 2.134.000.000 rs.

Los gastos de su explotacion han sido reducidos considerablemente, consiguiéndose inmensas ventajas, lo mismo en los precios de adquisicion de las materias que en los trasportes, obtenidas en contrataciones solemnes é intachables bajo todos conceptos.

El efecto de nuestra gestion y de la firmeza que dimos á la situacion financiera, se refleja muy bien en los resultados de los presupuestos de 1859 y 1860.

VI.

Partíamos en 1858, al iniciar nuestro pensamiento, de un estado político que nos hacia esperar dias de calma y sosiego en las regiones de la politica general. Principian los meses de 1859, y aparece en la Europa la lucha del vecino Imperio con Austria para restaurar la unidad italiana. Ignorábamos si las miras que promovieron esa lucha podian alcanzarnos á nosotros, y teníamos que pensar en armamentos y preparativos que no se hacian tan urgentes por aquella época de 1850 á 1853. Hubo precision de llevar el efectivo de nuestro ejército de 84.000 á 100.000 hombres; remontar la caballería y la artillería; pensar con urgencia en la adquisicion de algunos buques que siquiera nos prestasen el servicio de meras comisiones y trasportes. Tal era la provision de medios que el pasado nos habia legado.

Pues bien: eso pide un gasto de mas de 60 millones, y con todo, el presupuesto de 1859, preparado en las miras de la paz, sáldase con un déficit de 39 millones de reales.

No termina el año. Ofensas de Marruecos exigen vindicacion pronta y segura. Se concibe una campaña; hay que llevar 60.000 hombres á Africa, sin tener pertrechos de guerra los mas insignificantes; hay que preparar grandes provisiones; carecemos de trasportes propios del Estado; hay que

llamar al servicio las milicias provinciales, duplicando casi las necesidades de la guerra: todo eso se emprende: todo se consuma. No hay operaciones forzadas, no hay expedientes ruinosos, no hay nada que manifieste penuria ni escasez: se cruza una demanda intempestiva de gobierno extranjero á quien debíamos 50 millones de reales, y se le pagan tambien sin pedirle espera ni aquellas consideraciones que le suplirán otros en días menos apremiantes.

Esta crisis se vence: el gobierno no usa de los recursos que las Cortes le concedieran, y el presupuesto de 1860 no acusa á su liquidación mas déficit que el de 11 á 12 millones de reales.

Las complicaciones que los sucesos de la política del país hacen inevitables nos traen en seguida la necesidad de pedir á Méjico satisfacciones debidas. Obligan tambien á sostener en Cochinchina una lucha que merma los sobrantes de las islas Filipinas, afligidas despues por catástrofes de que no es responsable ninguna administración.

La guerra de los Estados-Unidos, una crisis financiera que se desarrolla al mismo tiempo en la Isla de Cuba deprimen los recursos de aquellas cajas. Coincide la anexión de Santo Domingo, y ella demanda grandes subsidios; y todo junto esteriliza para la Metrópoli sobrantes de 100 millones anuales con que pudieran contar otras administraciones, exigiendo por el contrario del Tesoro de la Península grandes remesas en efectivo y material de todas clases. Hay que promover la colonización de Fernando Póo y Annobon, que en algo cercena tambien los sobrantes de América con que debíamos contar.

Liquidamos la deuda con Francia, que no por ser un testimonio de mala memoria para la libertad, dejaba de constituir una obligacion inmensa é ineludible, y obtuvimos ventajas que no se habrian conseguido si las proposiciones hechas en 1831 á 1832, hubieran sido aceptadas. Estinguimos tambien la de Dinamarca por menos de la cuarta parte del ofrecimiento hecho por la administración de fin de 1832.

Todas aquellas contrariedades no son obstáculo para que

el crédito del Estado, cotizado en 1.º de julio de 1858 á 39 por 100, alcance precios sostenidos por espacio de años de 52 á 53 por 100 sin la acumulacion del cupon; el servicio de la Tesorería se haga en condiciones de independencia, de confianza y de baratura inesperadas hasta para los mas exigentes, puesto que el interés medio apenas escede de 5 por 100; y para que se prosigan sin interrupcion todos los trabajos de fomento emprendidos, dando á las aspiraciones de los pueblos anticipada satisfaccion. Se construyen multitud de carreteras: se mejoran los puertos: se restauran templos: los telégrafos y la iluminacion de las costas se llevan hasta el extremo: los servicios todos son satisfechos con holgura: se crea la armada: al ejército se le dota de un vasto material, las fortificaciones se adelantan, y el acuartelamiento y hospitalidad de las tropas tambien se mejora con la adquisicion de nuevos edificios, y el utensilio que la administracion tenia que comprar al cesar las contratas: finalmente, los caminos de hierro se concluyen en su mayor parte, y el Estado cumple religiosamente y en condiciones ventajosas las obligaciones de subvencion que debia llenar.

¿Y cuál es despues de todo el resultado que aparece como prueba para censurar ó aprobar la administracion de los 5 años? Que sin la privacion en que desde 1861 ha tenido que encontrarse por causa de las dificultades que experimentaron y aún experimentan las provincias de Ultramar, mostraria sus presupuestos en una nivelacion irrecusable. Que la carencia de aquellos sobrantes por espacio de cuatro años ha producido un déficit de mas de 400 millones, que, á pesar de todo, no habria resultado sin la necesidad de mantener por las circunstancias de Europa un efectivo en el ejército de 20.000 hombres mas de lo que en épocas normales habrian existido.

VII.

Opónganle sus censores los aumentos de la Deuda pública, el uso de los recursos de la desamortizacion; hablen del despilfarro de miles de millones que todos los dias pregonan la pasion política ó el error de la ignorancia. La administracion de los cinco años demostrará que todo está representado por valores existentes en el Estado, porque tales deben considerarse la marina construida, el material de guerra acopiado, las carreteras abiertas, los puertos mejorados, las fortificaciones levantadas, los otros establecimientos creados, á los que ya no tendrán que consagrar tantos recursos las administraciones que la sucedan. No están apurados los recursos de la desamortizacion; todavía subsisten casi en su integridad los de la propiedad eclesiástica; aún resulta en el Tesoro la mitad de los de la civil en las obligaciones suscritas por los compradores de esta clase de bienes.

Si os atreveis á hablar de despilfarros no hareis un cargo á la administracion de los 5 años; lastimareis la respetabilidad de los Cuerpos facultativos del Estado, bajo cuya direccion é intervencion se ha puesto el empleo de todos aquellos recursos.

Las épocas de los derroches financieros fueron en todas partes la edad de los diestros negociantes y de los agiotistas.

No se encontrarán vestigios de su existencia en los dias de la administracion de los 5 años. No se levantarán ni ducados, ni marquesados, ni condados sobre los escudos disipados por esa administracion torpe y aturrida, ¡si es que no quieren sus enemigos asignarle algun calificativo todavía mas benévolo!

VIII.

Hemos dicho que procuramos dotar el presupuesto del Estado con rentas y recursos de un orden permanente, suficientes á resistir las necesidades de las obligaciones contraídas. Esto se habria conseguido sin las complicaciones de las provincias de Ultramar y las de la política general; y desde luego podemos asegurar que en el momento en que esas dificultades tengan término, el presupuesto de España quedará tan sólidamente organizado como el mas regular de cualquier otro pueblo.

¿Por qué, pues, se dice que se acercan, si es que no se sienten ya, los efectos de la administracion de los 5 años? ¿Por qué se anuncia que la situacion es crítica y requiere grandes remedios para cortar el mal que nos amenaza?

Espongamos y examinemos esa situacion.

La situacion financiera.

I.

Al examinar una situacion financiera no son de confundir los dos aspectos que puede tener, uno el que propia y exclusivamente se refiere al Estado por su Hacienda, y otro el que ofrezcan en su generalidad los negocios de la industria y del comercio.

La confusion de ambas cosas puede ocasionar que se tome por mala una situacion rentística que en sí sea buena, porque las complicaciones del mundo mercantil sean las que realmente obren en un momento sobre el conjunto de las relaciones económicas.

Hoy mas que nunca conviene establecer esa distincion y

examinar lo que se ha de atribuir al Estado ó á los particulares, porque las dificultades, si existen, lo mismo alcanzan al uno que á los otros, lo mismo se experimentan en España que en el resto de Europa. Colocados en este punto, veamos lo que nos ofrece la situacion.

II.

La Hacienda del Estado, ¿ha experimentado algun siniestro que la prive en gran parte del rendimiento de sus rentas, de modo que se produzca uno de esos vacíos que ofrece la de algunas otras naciones? No. Las rentas siguen en general un movimiento ascendente; si alguna no da todo lo que seria de esperar, hay que atribuirlo al accidente de la crisis general por que todo el mundo pasa, y que momentáneamente dificulta las transacciones del comercio y de la industria, restringiendo el consumo, y de consiguiente los productos del impuesto.

La Hacienda del Estado en el organismo de su sistema, ¿ha llegado á apurar los límites de las formas tributarias, ya porque las cuotas de las contribuciones fijas y las tarifas de los impuestos estén en el extremo de una tributacion exagerada é insostenible, ya porque los métodos del impuesto no permitan nuevas combinaciones? No. Hay margen para dar ampliacion á las cuotas y novedad á las formas.

Los compromisos contraídos para lo futuro, partiendo de los actuales productos y los que aún son de esperar á medida que la riqueza vaya recibiendo los beneficios de las vastas obras públicas construidas y en construccion, ¿hacen temer la imposibilidad de contar con medios de cumplirlos y satisfacerlos? Tampoco. La perspectiva, como despues probaremos, es para asegurar que habrá recursos para hacer frente á las necesidades que sobrevengan en el orden regular de los sucesos.

Pues entonces la situacion financiera por lo que hace á la Hacienda del Estado, no es ni comprometida ni peligrosa.

¿El Tesoro público tiene empeños de caja que pueda dominar á favor de su crédito ó por la negociacion de valores que posea? Sí. ¿El crédito del Tesoro ha levantado recursos en escala mucho mayor de los que actualmente suponen sus obligaciones. El Tesoro cuenta además con valores y créditos activos que responden de su pasivo? Pues entonces la situacion financiera por lo que hace á la Tesorería del Estado, no es tampoco ni comprometida ni peligrosa.

¿Qué ocurre, pues, al presente, que algunos pueden estimar como el hecho de una mala situacion financiera por lo que hace á la Hacienda del Estado ó á la Tesorería?

Que hay una crisis monetaria universal que lleva en Inglaterra y Francia alternativamente el tipo de los descuentos á 10 por 100, y aun á estos tipos se restringen por otros medios las operaciones.

Que la Banca particular en toda Europa sobre las mejores firmas y con las garantías mas sólidas coloca la moneda á interés de 12 y 14 por 100.

Que esa extraordinaria prima del dinero, que nace de las demandas de metálico para el Norte de América, donde el cambio llega á 230, y de las que el comercio de Oriente pide á la vez, ocasiona que las naciones que, como la nuestra, por diferentes causas tienen al presente en su comercio exterior una balanza desfavorable, se ven precisadas á saldarla en especies, y los cambios con este motivo han venido á una depression, que estimula y alimenta el comercio del metálico hasta un punto antes desconocido.

La falta de remesas de las cajas de Ultramar, que en su mayor parte consistian en giros sobre las plazas extranjeras, aumenta por razon de las obligaciones del Estado en el exterior, el saldo en que hoy aparecemos en favor del extranjero. El gran desarrollo de las obras públicas y las particulares ha difundido en jornales y precio de materiales por todo el pais el capital metálico antes reunido, y hay que esperar el movimiento de concentracion del metálico que necesariamente ha de llegar en su tiempo.

Por otra parte, la grande expansion que han tomado las empresas y sociedades mercantiles y comerciales han producido una masa de valores de crédito desproporcionado á la circulacion metálica; las necesidades de la realizacion de aquellos agrava la crisis monetaria, ya fuerte por las otras causas; del sistema de pluralidad de bancos ha resultado un feudalismo monetario que coloca á las poblaciones de España en condiciones como si fueran diversa nacion, y todo esto reunido hace mas dificiles que en otros tiempos las operaciones del Tesoro, que á su vez huye de pagar por el dinero el alto interés que las circunstancias requieren.

Tambien la política ejerce su influencia, y á ella hay que atribuir mas principalmente la desconfianza que muchos refieren al estado del Tesoro. El gobierno del Estado ha experimentado en los últimos tres meses un cambio fundamental en su personal y tendencias. Si para unos es prenda de paz y prosperidad, para otros es objeto de temores y preocupaciones; y necesariamente estos encontrados sentimientos tienen que causar depresion en el crédito del Estado. ¿Cómo si no se explicara la baja de mas de 5 por 100 en los fondos públicos cuando la situacion del Tesoro es la que era hace tres meses, cuando la crisis actual del comercio viene sintiéndose mas de un año há, y á pesar de ella los fondos se mantuvieron á cambios mucho mas altos que en la actualidad?

Así distinguidas las cosas, probemos el fundamento de nuestras apreciaciones, ya sobre el estado de la Hacienda en su acepcion propia, ya el de la Tesoreria que independiente de aquel es de considerarse, por lo mismo que la caja de un particular no es solo el signo del estado de su fortuna.

III.

La Hacienda del Estado, hemos dicho, no ha experimentado ningun siniestro que la prive de ninguna de sus rentas: el

organismo de su sistema no ha llegado á apurar los límites de la tributacion ni por el tanto de las cuotas ni los métodos adoptados. El progresivo desarrollo de las rentas para lo futuro, ofrece responder de las obligaciones contraidas.

La primera de aquellas afirmaciones no requiere estensa demostracion. Las rentas caminan en progreso, y si alguna no acrece como las otras, tampoco decae. Algo habrá que atribuir en su caso al accidente de la política que ha removido casi por general el personal de la administracion. Pero una vez asentadas las cosas, los efectos de aquel deben cesar.

La segunda de dichas afirmaciones se prueba con la simple comparacion de las cuotas de nuestras contribuciones de repartimiento y de las tarifas de los impuestos eventuales con sus correspondientes de los demás países de Europa, y con decir que están por adoptar esenciales trasformaciones en el régimen arancelario y formas tributarias en ejercicio en otras partes y apropiadas á las de la riqueza moviliaria, tal como se va desenvolviendo de dia en dia.

La tercera afirmacion que dejamos sentada es de demostrar presentando antes el resumen de los compromisos que para lo futuro tenemos aceptados. Es necesario incorporar á nuestros presupuestos en la sucesion de los años hasta 1870, 32 millones para totalizar la consolidacion de la deuda diferida. Habrán tambien de comprenderse en mayor plazo sobre 50 millones que podrán suponer, además de lo que ya figura en el presupuesto, los intereses de las inscripciones todavía emisibles en equivalencia del valor de bienes desamortizados y á favor de las corporaciones.

Deberán figurar en los presupuestos ordinarios tambien en el trascurso de varios años de 90 á 100 millones, réditos y amortizacion de obligaciones del Estado por subvenciones de ferro-carriles.

Tambien vendrán á presupuestos en un término mas breve 36 millones de reales, intereses de la emision á 3 por 100 autorizada para extinguir los descubiertos del Tesoro hasta fin de junio último, para los cuales hay que contar en parte con

la compensacion que podrá obtenerse en el capítulo de intereses de la Deuda flotante.

La totalidad de esas sumas, que en el trascurso de ocho á diez años han de tener lugar en la prevision de nuestros gastos, supone sobre 200 millones de reales? ¿Y es posible negar que en ese período la renta de la nacion no acrezca en 200 millones de reales? Solo con que la provincias de Ultramar entren en las condiciones de normalidad, que mas pronto ó mas tarde habrán de recobrar, tenemos derecho para esperar la mitad de aquella suma, que era el rendimiento que en 1859 recibíamos de aquellas Cajas. En el momento en que las complicaciones de la Europa lo permitan reduciendo el ejército á la fuerza de 80.000 hombres, por este lado nos debe quedar un ahorro en el presupuesto de la Guerra de 80 á 100 millones de reales.

¿Cómo es posible esponer, ante una perspectiva de 200 millones de obligaciones para lo futuro, presagios temerosos, hoy, que tiene el país realizada la mayor parte de sus obras públicas, y que adelantada la educacion industrial y comercial, existen elementos que hace doce años parecian una quimera? Si el movimiento de aumento de uno á otro año en las rentas demuestra por lo pasado de 60 á 70 millones, ¿cómo se ha de negar que en lo futuro se alcancen los mismos ó mayores aumentos?

IV.

Como aquí, en Francia cuando se veia la proximidad de un presupuesto de 1.000 millones de francos, se creia término insuperable para las fuerzas productivas de aquel pueblo, y hoy sus presupuestos revelan el poder del doble de aquella cantidad.

En Inglaterra, parecia un milagro superar situaciones en que los presupuestos saldados en déficit mostraban necesida-

es por 40 millones de libras esterlinas. Hoy es negocio de facil resolucion presupuestos de 70 millones de libras.

Si en nuestro país se hubiera dicho hace quince años que habria de realizarse un presupuesto de mas de 2.000 millones, valor de las rentas y contribuciones, sin contar con las remesas de Ultramar, habrian tenido por iluso al que tal pronóstico hiciera.

A riesgo de merecer la misma calificacion, anunciaremos de nuevo como antes lo hicimos, que la nacion española, cuando hayan trascurrido diez años, conllevará un presupuesto que se aproximará á 3.000 millones de reales, si, como hasta el dia, se prosiguen las obras públicas y el gran desenvolvimiento de las fuerzas productoras del país.

Los ministros que entonces rijan los destinos del Estado llenarán, con mas holgura que los de los tiempos actuales, la mision grande que corresponde á los gobiernos en la época en que vivimos.

V.

Hemos dicho que el Tesoro público tiene compromisos de caja que puede dominar á favor de su crédito ó por la negociacion de valores que posee.

Demostrémoslo.

El 31 de agosto podia resumirse el pasivo del Tesoro en 1.973.443.044 constituyéndolo:

1.684.281.471,62	Crédito de la Caja de Depósitos por sus entregas al Tesoro.
85.000.000	Importe de billetes del Tesoro de la emision de 1861 en poder del Banco de España, procedentes de las operaciones del presupuesto extraordinario.
69.314.919	Pagarés del Tesoro por efecto de negociaciones abiertas en febrero último.

19.652.894,41	Giros del Tesoro para adquirir oro con el fin de atenuar la crisis monetaria.
23.456.404,48	Salos de corresponsales extranjeros.
25.612.108,33	Créditos de los bancos de provincia por anticipos hechos á las respectivas tesorerías.
66.125.246,75	Salos de los partícipes de las rentas.

1.973.443.044,59

Este pasivo era resultado de:

1.° El descubierto de los presupuestos hasta fin de 1858 y de las obras de reforma de la Puerta del Sol, importante 459.584.269 reales. (el primero pag. 67)

2.° De los descubiertos de los presupuestos de 1859 á fin de junio de 1864, ascendentes á 590 millones próximamente.

3.° De los suplementos del Tesoro por cuenta de las obras públicas y demás atenciones de los presupuestos extraordinarios, reembolsables con los valores de la desamortizacion, importantes 884.185.663.

4.° Los salos por gastos no reintegrados de la guerra de Africa, la deuda satisfecha á Inglaterra, anticipos á las Cajas de Ultramar y á los pueblos por las inundaciones de 1862 y otros diferentes conceptos.

Para liquidar y extinguir el pasivo que dejamos anunciado, contaba el Tesoro con:

1.031.000.000	Importe de los billetes hipotecarios del Banco de España, emisibles segun la ley de 26 de junio último sobre el valor de las obligaciones de compradores de bienes desamortizados.
600.000.000	Importe de títulos al 3 por 100, emisibles tambien segun la mencionada ley.
202.000.000	Resto de las indemnizaciones de Marruecos y Annam.

26.466.000

Valor de azogues trasportados y á trasportar á Londres para reembolsar obligaciones en aquella plaza.

Estos solos recursos, en que no comprendemos el importe de otros créditos activos del Tesoro, son de por sí casi suficientes para responder del pasivo.

Si en dicha fecha, y despues de ella, el activo y el pasivo del Tesoro han seguido en la relacion de igualdad que dejamos espuesta, ¿qué es necesario para conllevar en las presentes circunstancias la situacion, venciendo las dificultades que de ellas nazcan?

Conducir los negocios tranquila y sosegadamente como debe hacerlo el que se encuentra en posicion segura. Si hay capacidad para manejarlos, las dificultades, si se experimentan, son de fácil dominio: los conflictos no pueden llegar. Ahora, si se desconocen las formas propias de esta clase de operaciones, es fácil incurrir en obstáculos creados por la propia indiscrecion y el arte con que uno mismo se conduzca.

Entregad la máquina mejor construida y mas bien ajustada á quien desconozca sus resortes; ó no producirá movimientos, ó causará un estallido que la descomponga.

VI.

Dada aquella masa de valores en el Tesoro, é importando lo que son sus obligaciones exigibles sobre 1.600 millones, porque del saldo de la Caja de Depósitos, los necesarios, importantes mas de 300 millones, no son de reintegro próximo ni perentorio, en el supuesto de no querer llevarlas á una renovación fácil, las soluciones son las que requiere una mera conversion de valores.

Para realizarla con ventajas, habria sido prudente preverse de la baja que los efectos públicos han experimentado, que por sí sola escede un doble al margen que seria de con-

ceder para la negociacion de los títulos al 3 por 100 de la nueva emision.

Antes de brindar á nadie con los billetes hipotecarios del Banco, era de ofrecerse la opcion á los imponentes en la Caja de depósitos, para quienes la ley quiso reservar en primer término la participacion en la negociacion de estos efectos. Pero esta operacion, como combinada con la emision del 3 por 100, no podia hacerse aislada, ni mucho menos despues de deprimidos hasta cierto punto en una reunion, donde, si los habia, serian pocos los imponentes en la Caja.

Se han complicado las cosas por un defecto de procedimiento; pero con todo, aunque las operaciones tengan que ser mas costosas para el Estado, el Tesoro puede cubrir su pasivo con los valores y demás artículos de su activo que anteriormente hemos indicado.

¿Cómo, pues, se quiere calificar de grave el estado de la Tesoreria? ¿Se olvida que el reembolso por el Tesoro á sus acreedores pondria á estos en una situacion embarazosa no sabiendo qué hacer de sus fondos?

¿Se desconoce que el propio interés los traeria por necesidad á volver con sus fondos al Tesoro, dándolos empleo sobre los valores que les ofreciera en negociacion?

VII.

No se confundan las cosas. No se apele á espedientes extravagantes que se hallan fuera de lugar y de las circunstancias de la actualidad.

Lo hemos anunciado al principio de esta publicacion. El Estado ha colocado con estimacion del público inmensas sumas de valores que emitiera por todos conceptos. Al Estado se le han entregado imposiciones á préstamo, que hoy representan todavia 1.500 millones, y que hace un año llegaban á mas de 1.900. Inspíresele la confianza propia de la verdad de la situacion. Aquellas imposiciones no disminuirán, se

acrecerán por el contrario, porque el ahorro anual de la sociedad española, mas confiada en la solvabilidad del Estado que en la de los particulares y establecimientos privados, irá en su integridad á colocarse en manos del gobierno con preferencia á cualquier otro destino.

¿Qué justificacion tendria en las presentes circunstancias el empréstito nacional forzoso, indicado en el folleto á que contestamos? ¿Es posible que á título de la fuerza pudiera sacarse una cantidad de alguna suposicion? ¿Para qué el préstamo forzoso, cuando voluntariamente se darán al Estado, ya por renovacion de anteriores préstamos, ya por nuevas imposiciones, recursos infinitamente mayores que los que por aquel medio se obtendrian? ¿Y por qué ha de concurrir el Estado en las circunstancias en que se supone su Tesoro á auxiliar compañías particulares, que tienen obligacion de atender con sus propios medios á los compromisos que sobre ellas pesan?

Bien podria deducirse de la indicacion de la medida propuesta, y que impugnamos, que siendo ciertas las dificultades que la clausura de las Bolsas extranjeras produce á las compañías, por huir de la confesion necesaria de que los mercados extranjeros se abran y que para ello hay que hacer algo, sensible mas que para ningun otro para el autor del folleto tantas veces citado, se quiere echar sobre el gobierno la responsabilidad de un procedimiento rentístico inadmisibile, á título de que la situacion de la Hacienda lo exige para su salvacion.

No: que las compañías dominen sus propias dificultades: que el Estado ya dominará las suyas.

Pero esta solucion del préstamo forzoso nos sujere una observacion muy esencial para argüir á los aterrados por la situacion del Tesoro.

Se dice que á los prestamistas se les entreguen valores del Tesoro. Es decir, que se reconoce que hay valores. Luego si existen, ¿dónde está el vacío, dónde la sima profunda que se quiere cegar?

¿No veis, inexactos críticos, que el mal es una ficción de vuestra alucinada razón?

No nos estendemos mas en este punto. Repetimos que el Tesoro tiene valores suficientes para responder de su pasivo; que cabe en el ejercicio natural de sus operaciones el conseguir la renovación de los compromisos que crea conveniente renovar; que cabe obtener nuevos fondos por el arte sencillo de su mismo crédito; y que en último resultado la liquidación del pasivo es una simple conversión de valores, que puede y debe llevarse á cabo sin violencias ni grandes quebrantos.

VIII.

Digamos algo acerca de lo que es la situación financiera con relación á los negocios en general de la industria y del comercio.

Hay una crisis metálica fuerte y prolongada. Nuestros cambios están en depresión, y escitan, como hemos indicado, al ágio sobre las especies monetarias.

La circulación, difícil por esta causa, la hace mas complicada el régimen de los Bancos, dispersos por todo el territorio sin enlace ni relación alguna.

Hay exceso de valores creados por las compañías de crédito, desproporcionados á la circulación metálica y acrecidos en su importancia por el ágio de las primas.

La primera de aquellas complicaciones nos la ha de dar resuelta la Europa. Si el metálico abunda en París y Londres, y allí bajan los descuentos y el interés del dinero, nuestros cambios se mejorarán, y en gran parte las salidas del metálico disminuirán por la cesación de la causa general.

La segunda de las complicaciones, efecto del organismo de los Bancos, hay que ponerla término, ó por la fusión de todos los Bancos en uno solo, ó por traerlos á todos á una inteligencia de relación que permita circular recíprocamente en sus respectivas zonas los billetes de todos ellos.

Fijese la atencion en un hecho muy raro.

La Francia alimenta una circulacion de billetes por mas de tres mil millones con una poblacion poco mas que el doble de la nuestra. Nosotros no podemos llevar con holgura una circulacion de la octava parte de aquella cantidad, que es aproximadamente la suma de la emision de todos los Bancos de la Península.

La unidad de la emision, es la que ha de concluir con los inconvenientes de la pluralidad presente, y merced á aquella podrán tomar formas mas regulares y amplias las operaciones del crédito comercial y de la circulacion fiduciaria, como quiera que en la escala á que han llegado y llegarán las transacciones de la industria y el comercio, al gran consumo de metales preciosos que el gusto y los mayores medios en la sociedad moderna hacen en objetos de arte y de lujo, los signos representativos del precio de las cosas hay que suplirlos en parte con la moneda de papel.

Las sociedades de crédito son institucion de reciente origen, y en el desconocimiento de sus movimientos, no fue dable adoptar las precauciones que la esperiencia aconseja ya. No hay que privarnos del gran concurso que produce la asociacion de fuerzas por aquellas representadas; pero hay que evitar el abuso de la especulacion, propicio á forjar negocios aventurados y á recoger fuera de ocasion los beneficios de primas injustificadas, que en último término se resuelven en lamentables decepciones que el legislador debe precaver.

Finalmente: como ya hemos dejado enunciado, la política necesita concurrir tambien al apoyo de la situacion financiera. La Hacienda y la política son dos términos que se corresponden íntimamente, y se hacen bien ó mal segun la manera en que se desenvuelvan las respectivas tendencias del gobierno y de la administracion.

IX.

Resumiendo lo que respecto de la situacion financiera hemos indicado aparece que aquella bajo ningun aspecto es ni lo grave ni lo peligrosa en que á los ojos de algunos aparece. La situacion tomaria esos caractéres, y los tomará de seguro, si se prosigue en el empeño que parece advertirse de gritar uno y otro dia, en una y otra parte, bajo todas formas, que estamos amagados de un cataclismo.

Aprensiones que se adquieren cuando uno se encuentra en plena salud, conducen á las veces á la enfermedad y á la muerte.

Conclusion.

I.

Al principiar esta publicacion anunciamos el objeto que con ella nos proponíamos.

No sabemos si habremos logrado rectificar, cual correspondia, indicaciones que se desprenden del folleto del señor D. Juan Bravo Murillo, y nos afectan profundamente, tanto respecto á las cuestiones de las deudas amortizables y certificados de cupones, cuanto á la administracion de los 5 años y á sus resultados para el presente y el porvenir de la Hacienda pública.

Nuestros lectores serán los que podrán decidirlo, y los que despues de haber visto nuestra contestacion, han de aceptar como ciertas y procedentes las apreciaciones que en el folleto á que hemos contestado se hacen sobre nuestra administracion. Esta no ha tenido otro pensamiento que la realizacion de aquello que venia siendo de todas épocas, las

miras y tendencia de los gobiernos que se sucedieron en el país.

Creemos que no nos hemos apartado de aquella senda, y que nos ha cabido la fortuna de llegar á tiempo de recoger todos los elementos que existían, organizarlos y hacerlos servir convenientemente para promover el engrandecimiento de la nación.

II.

Quien, á pesar de todo, diga, como el autor del folleto tantas veces citado, que las cosas se hallan en el punto crítico y calamitoso que señala, incurre en la alternativa de desconocer sus propias obras, apareciendo en evidente contradicción con sus mismos programas, ó de demostrar falta de conciencia sobre aquello mismo que en su tiempo queria practicarse.

La série de nuestras operaciones corresponde á la raíz de las que se planteaban por las épocas de 1850 á 1853.

No han sido trastornados los impuestos: por el contrario, se han afirmado ampliándose su valor al doble de lo que entonces era. Hemos mantenido en nuestra época en todos los ramos y servicios la misma organizacion que existia en aquel tiempo. Las mismas dependencias, los mismos gastos de administracion disminuidos relativamente en comparacion con el haber del Tesoro en una y otra época.

Se han construido caminos de hierro, como entonces tambien se intentó, aunque no causando tanto gravamen al Tesoro público como el que habria producido el sistema de la construccion por cuenta del Estado.

Se han construido estensas carreteras, como tambien querian abrirse por aquellos tiempos, y la diferencia estará en haber usado nosotros formas de crédito mas ventajosas que aquellas á que habia que recurrir por entonces.

Se ha fomentado la marina, y tambien esto entraba en los propósitos de la administracion á quien nos referimos.

Las mejoras del armamento, de las fortificaciones, del acuartelamiento y hospitalidad de las tropas, ha sido en nuestro tiempo un hecho como tambien queria serlo cuando el autor del folleto regia los destinos del país.

La continuacion y conclusion del Canal de Isabel II, ha sido para nuestra administracion un asunto de preferente interés, como lo era tambien para el iniciador de esta obra.

Los términos, pues, de una y otra administracion son los mismos, si bien por lo que hace á la nuestra, como mas larga y mas activa y desembarazada, tienen la importancia que les da la multiplicacion por el tiempo.

¿A qué, pues, hablar de la administracion de los cinco años y exhibir un cuadro de actualidad y de porvenir por efecto de aquella que habria necesariamente resultado en el orden de los sucesos continuando nuestro censor al frente de los negocios, y habiendo contado con los elementos de que hemos podido disponer? ¿Es que á nuestro censor le parece errada la marcha? Pues la senda en su tiempo se trazó. Si no graduaba los lugares á dónde conducia, será confesion que honraria poco á su talento. Si sabia en donde terminaba, y le asustan los horizontes que se descubren, nosotros recogemos como propio aquel espíritu que nos animaba en 1850 y 1852, que nos ha impulsado posteriormente, y que hoy nos afirma mas en las esperanzas que abrigamos de un porvenir próspero y holgado para la Hacienda de España y para la nacion en general.



31

LA
VIRGEN

DEUDA
MIGUEL
J. B. L.

17

J. D.

España.